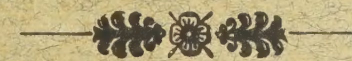
CESAR ORDAS AVECILLA DE URRENGOECHEA

DEL MAL, EL BIEN

COMEDIA SOMERAMENTE CRITICA

en tres actos y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1917

DEL MAL, EL BIEN

DEL MAL, EL BIEN

COMEDIA SOMERAMENTE CRÍTICA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

CESAR ORDAS AVECILLA DE URRENGOECHEA

Escrita en 1913 y publicada en 1917

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.º
TELÉFONO, NÚMERO 551
1917



Para mi buen amigo
y estimadísimo compañero
el Dr. Ordax Avecilla, su afmo. [illegible] — Madrid 22.2.17

Excmo. Sr. D. Manuel Linares Rivas

MADRID

Mi respetable señor y querido maestro: Antes de dar a conocer este engendro literario, escrito en 1913, entendí que debía consultar su autorizada opinión.

En su nunca desmentida amabilidad tuvo a bien dirigirme la estimada siguiente carta:

«Marzo de 1914.—Excmo. Sr. D. César Ordás Avecilla.—Mi distinguido amigo: Perdóneme que me haya retrasado; pero estaba con la fiebre de mi estreno y hasta hoy no pude dedicarme, con serenidad de espíritu, a leer la comedia de usted. Me parece muy bien y muy teatral, con grandes aciertos de situación y un diálogo fácil y natural. Claro es que, algunas cosillas y alguna repetición de conceptos ha de pulirse; pero es ya labor sencilla y siempre se hace en los mismos ensayos. Le felicita muy sinceramente su amigo y compañero, que le da las gracias por el buen rato y el favor de haberle permitido saborear las primicias DEL MAL, EL BIEN...

Engreído y esperanzado, presenté mi obra a varios empresarios de teatros madrileños. Algunos encomiaron mi labor; pero todos, por unas u otras causas más o menos justificadas, negarónse a complacerme.

La tésis de esta producción, de suyo compleja, básase en fustigar algo de lo que juzgo incorrecto, anacrónico o censurable respecto a lo que afecta a tres de los factores más esenciales del alma humana; el ideal, el amor y el interés.

¿Mi propósito es una equivocación? ¿Es un acierto? No lo se; lo que si puedo asegurar es, que me lo ha sugerido el deseo de contribuir en lo posible a establecer en nuestra Patria una ética social en todos conceptos bienhechora. Mas como las puertas del templo de Talía se me cierran, me permito abrir las de la publicidad, honrándome en dedicar esta comedia al que, como usted ha logrado, con merecido aplauso de la sana crítica, llegar a la cumbre de la notoriedad, pensando alto y sintiendo hondo.

Su admirador devotísimo y viejo amigo emiplégico,

César Ordás Avecilla de Urrengoechea.

Abril del 1917.

PERSONAJES

DUQUESA, 39 años.
BARONESA, 48 íd.
ROSA (hija del Duque), 19 íd.
VIUDA, 54 íd.
PUBLIA, 26 íd.
SECRETARIA, 32 íd.
MERCEDES, 20 íd.
LAURA, 24 íd.
EL DUQUE DE LAS ALBURAS, 42 íd.
EL CONDE DE LA LLANEZA, 64 íd.
DON JUSTO (apoderado), 70 íd.
MIGUEL (aragonés), 24 íd.
MAESTRO DE OBRAS 1.º, 40 íd.
IDEM ID. 2.º, 46 íd.
IDEM ID. 3.º, 50 íd.
DOCTOR EN MEDICINA, 44 íd.
CRIADO DEL DUQUE, 30 íd.
VIZCONDE DE LA ENRAMADA, 28 íd.
MARQUÉS DEL TIROL (Ricardo) 35 íd.
CRIADO DEL MARQUÉS, 47 íd.
JULIO (hijo de Duque), 18 íd.
TORIBIO, 20 íd.
JOSELILLO, 34 íd.

NOTA Las salidas y entradas de los personajes se supone siempre de derecha a izquierda del actor.

ACTO PRIMERO

Decoración: Despacho de casa grande. A la derecha, en el centro, mesa de ministro y a ambos lados puerta de comunicación; a la izquierda, en el centro, otra puerta que da al antedespacho; de frente, en el fondo, dos balcones y entre éstos un gran reloj en la pared y una pequeña mesa con servicio de escritorio. En primer término, derecha proscenio, un sofá y dos butacas, y a la izquierda un velador con una bandeja de plata que contiene varias cartas, una cigarrera y cenicero y cuatro sillas alrededor.

ESCENA PRIMERA

DUQUE, solo, de batín

(Sentado a la mesa de despacho y haciendo que escribe varias cartas; mirando al reloj.) Las diez van a dar, hoy he madrugado como un burgués; bien es cierto que anoche me separé temprano de Laura y he tenido tiempo de dar a mi cuerpo el descanso que precisaba. (Se levanta dirigiéndose al velador, cogiendo un pitillo lo enciende y principia a fumar paseándose.) Cada día que pasa descubro en esa chiquilla nuevas gracias; de todas mis concubinas ninguna me ha hecho pasar las noches más distraídamente... comprendo que pugnan con mi criterio y creencias estas dulces expansiones mujeriegas, máxime teniendo una esposa modelo; pero hay que rendirse a las exigencias sociales modernas y a las flaquezas humanas; por otra parte, ¿qué sería la vida? Ayer como hoy y hoy como mañana, siem-

pre la misma monotonía en los afectos y en los placeres, cuando la naturaleza nos enseña que en la variedad está el *sumum* del arte de lo bello y de las emociones más íntimas y sentidas. Sin el *pendant*, sin la comparación, no sabríamos ni podríamos apreciar nada de cuanto halaga y cautiva nuestros sentidos. (Se sienta cerca del velador.) Se objeta, ¿y la moral? No lo niego, es un dique puesto al desbordamiento de las pasiones; pero hay que convenir que en esta materia es una señora tan convencional que se amolda a los hábitos, costumbres, leyes y hasta las modas más o menos caprichosas, y a veces pornográficas, que imperan en cada país.

Criado (Desde la puerta de la derecha.) Excelentísimo señor Duque, el señor Conde de la Llaneza.

Duque Que pase.

(Se retira el Criado.)

ESCENA II

DUQUE y CONDE

Conde Querido sobrino.

Duque (Saliendo al encuentro y abrazándole.) Como no sueles venir los viernes, por dedicarlos yo a recibir y oír todo género de molestas pretensiones, no te esperaba.

Conde En efecto, no quiero perturbar en estas audiencias a los pretendientes, pues toda persona extraña al asunto, molesta; pero hoy tenía que dar un encargo a tu mujer de parte de la señora de Tarriza, y como se me ha dicho que acaba de salir, no he querido privarme del gusto de verte.

Duque Pues lo celebro. Me place que compartas conmigo estas enojosas ceremonias, si es que no tienes algo mejor en qué ocuparte.

Conde No. Así esperaré la vuelta de Carmen.

Duque (Coge un pitillo del velador, que da al Conde.) Toma un cigarrito. Siéntate, y veamos lo que dicen estas cartas. (Sentándose al lado del velador.)

Conde (Sentándose a su lado y encendiendo el pitillo.) La correspondencia es sagrada; a veces se encuentra uno sorprendido con revelaciones que deben ser un secreto para los demás.

Duque El colmo de la pesadumbre, para la conciencia, sonl os secretos propios y aun los ajenos, así, pues, si vienen algunos, que no lo espero, los compartiremos. (*Coge una carta que abre.*) Veamos lo que dice esta carta de mi Administrador de Valdeavispas «Mi respetable señor: Desde que me encargué de esta administración, vengo sufriendo constantes decepciones. Los propietarios de este pueblo, apáticos y temerosos, no se ocupan para nada del régimen municipal, que está en poder de unos cuantos vividores, que disponen a su antojo de los fondos del común, siendo para ellos la ley Municipal un código ilusorio; por lo que mis razonadas demandas, para que tanto en el reparto de consumos, como en el arbitrio de pesas y medidas, inscripción de altas y bajas de fincas, respecto a la propiedad, etc., se cumpla estrictamente la ley, evitándonos intolerables perjuicios, resultan desatendidas.»

Conde La historia de casi todos los pueblos; el caciquismo profesional teniendo a su devoción a la gente más maleante, en concepto de muñidores electorales, explotando y tiranizando al país, con escarnio de todo respeto divino y humano.

Duque Espera, que aún continúa. (*Leyendo.*) «Me he dirigido en queja al señor Gobernador Civil, invocando el esclarecido nombre de V. E., y no sólo ha desatendido mi justificada pretensión, sino que ha dado la callada por respuesta. Después he sabido que el diputado a Cortes por este distrito, plutócrata endiosado, que obtuvo el triunfo a costa de dinero, apadrina a estas gentes, contando con la incondicional influencia de un ex Ministro que ejerce las funciones de abogado consultor de sus negocios. Y como los hechos vienen a corroborar tales asertos, V. E., en su buen criterio, verá cuál es la mejor solución que podemos dar a nuestros asuntos. (*Tira la carta sobre el velador.*) ¡Esto és escandaloso!

Conde De poco te extrañas; es la ética política actual, en que el nepotismo invade no sólo los altos puestos burocráticos sino también los Cuerpos colegisladores; y ello consiste en que el servilismo de estos tiempos hace más

señores que los pasados señores hacían serviles.

Duque No tener en cuenta para nada que se trata de un Duque, Grande de España, Senador del Reino por derecho propio...

Conde Querido sobrino: como ahora te toca de cerca, te haces cargo de estas incorrecciones e invocas, malamente, tus prestigios y prerrogativas, en vez de la equidad y justicia; así sois; tomais los rábanos por las hojas con frecuente lamentable equivocación. Lo que te toca hacer, es demostrar al Ministro de la Gobernación, que quien ejerce autoridad y se muestra autoritario, pierde autoridad, y, por lo tanto, el proceder del Gobernador, a la vez que incorrecto, es contraproducente.

Duque Tienes razón, hoy mismo... (Coge otra carta de la bandeja.) ¡De mi hijo! ¡Me extraña! Sepamos lo que le ocurre. (Leyendo.) «Querido papá: Burlando la extremada vigilancia de los preceptores, te escribo. Voy a cumplir diez y ocho años, dentro de un mes terminaré el bachillerato, y cuando estoy a punto de abandonar para siempre este cautiverio, se me ha impuesto un castigo inmerecido; para evitaros un disgusto no he tomado la resolución heroica de escaparme, pero si se repite el hecho no me detendría ninguna consideración. Ya sé que .inspirados en el buen propósito de darme una educación moral e inteligente, me tenéis recluido en este colegio, ¡qué engañados estais! Cuando vaya a esa os demostraré cumplidamente cuanto encierra mi admiración. No digas nada a mamá. Tu hijo, *Julio.*» (Dejando la carta sobre el velador.) Está visto que hoy es día de ingratas nuevas. Los deletéreos sofismas de esos malhadados periódicos de ideas avanzadas, infiltrándose por todas partes, envenenan a la juventud.

Conde Todo es lógico. Tenéis hijos y los dais a criar a personas mercenarias; después los entregais a institutrices extranjeras, y mas adelante los ponéis internos en colegios de padres de esta o de la otra orden. El procedimiento es cómodo, ¡quién lo duda! Pero ni el amor de vuestros hijos ni su moralidad resplandece por ninguna parte. Y en cuanto

a instrucción, depende más que nada de su intelecto, pues la que se da en esos centros docentes, bajo la presión de un sectarismo farisaico, deja mucho que desear.

Duque Tu animosidad a los conventuales te hace ver con prevención cuanto con ellos se relaciona, y, como soltero impenitente, no aciertas a comprender la necesidad de plegarse a las exigencias modernas, en lo que a la crianza y educación de la familia respecta.

Conde No tengo enemiga a nadie, mas entiendo que muchas de esas comunidades llamadas monásticas, si tuvieron razón de ser en tiempos históricos, hoy, en su sigiloso y creciente afan de predominio y acaparamiento de riquezas, constituyen un pernicioso elemento más de los que afligen a nuestra anémica y desventurada España. Pero ¿a qué discutir lo que está en la mente de los que discurren y en el corazón de cuantos anhelan el bienestar patrio?

Duque Tú lo has dicho, ¿a qué discurrir? Mañana iré por el colegio y me enteraré de lo que ha pasado, si es que antes no viene por aquí el Padre Bergol. (Coge otra carta y lee.) «Mi respetable señor: Desde que murió mi malogrado esposo he venido recorriendo el calvario del abandono y el desengaño hasta agotar todos mis modestos recursos y llegar a la miseria. He apelado a varias asociaciones católicas para socorrer a mis cuatro pequeños, y pretextando que mi difunto figuró en partidos avanzados, se niegan a darme el óbolo de la caridad cristiana con capciosos pretestos. A V. E apelo en último extremo, invocando sus nobles sentimientos, a fin de dar pan a los hijos de mis entrañas que desfallecen de hambre » (Tira la carta sobre el velador.) ¡Tiene gracia! Estas gentes quieren que las redimamos en sus tribulaciones los católicos, después de haber figurado uno de sus miembros como revolucionario ó quizas como ateo o poco menos. ¡Que acudan a sus partidarios!

Conde ¿La conoces?

Duque Su esposo fué agente de negocios. En una ocasión tuve que acudir a él y me sirvió con gran eficacia; con este motivo vino varias

veces a casa. Algún tiempo después, la que suscribe esta carta, me trajo unas notas, a la vez que me participó su viudez, mas la pagué sus honorarios y en paz. Estas han sido todas nuestras relaciones; por tanto, ¡que Dios la socorra!

Conde ¿Qué Dios la socorra? ¡Qué sarcasmo! ¿Y eres tú, Ricardo, con tus creencias, el que con tanto *sanfason*, por instintivos odios de escuela, decretas quizás la muerte de esas inocentes criaturas, pudiendo evitarlo? No en mis días. Si tú no quieres interesarte por esos desgraciados, yo veré medio de asilarlos y de buscar adecuada colocación a esa desdichada madre.

Duque Dar calor a víboras para que destrocen nuestras entrañas... Dios debía de castigar hasta la cuarta generación à los hijos de los impíos

Conde Esas tus peregrinas doctrinas aseveran mi creencia que los seres humanos nos hemos forjado *in mente* un Dios hecho a nuestra imagen y semejanza, cuyo nombre invocamos con harta frecuencia para cohonestar nuestros propósitos o acciones más o menos plausibles o censurables. Por eso tú, inspirado por un sectarismo implacable, invocas al tuyo, vengativo y cruel, mas como el mío es misericordioso... Dame sus señas.

Duque Sea. Ahí tienes su carta con las señas y cien pesetas. No quiero digas que extremo la intransigencia.

Conde Tienes buen corazón y las acepto; si de él te dejaras llevar, dando la espalda a tendencias *anacrónicas*, que sólo pueden contribuir a continuar la luctuosa historia de España, cuánto bien podrías realizar, pues tu alto ejemplo tendría imitadores.

Duque No me convences con tan halagüeñas frases; tus cantos de sirena no me atraen.

Criado Señor Duque, el Vizconde de la Enramada, que si puede ver a V. E.

Duque Que pase. (Aparte al Conde.) Algún sablazo.

Conde (Levantándose.) Me haré el distraído. (Se sienta cerca de la mesa de escritorio que hay entre los balcones y coge un periódico haciendo que lee.)

ESCENA III

DUQUE, CONDE y VIZCONDE DE LA ENRAMADA, tipo pretencioso, cursi y ligero

Viz. Ricardo, aquí me tienes una vez más entregado en cuerpo y alma a tu nunca desmentida bondad; los Cresos son el áncora salvadora de los buques que naufragan. (Reparando en el Conde.) ¡Ah! Querido Conde... (Se acerca a él y le da la mano.)

Conde ¿Si mi presencia?...

Viz. ¿Quieres callar?... Tratándose de ti yo no tengo secretos, y menos siendo tan públicos. ¡Ah! mis contratiempos..

Duque Creí que me ibas a hablar de nuestros trabajos de organización y propaganda.

Viz. Todo marcha bien; nuestros círculos y asociaciones, gracias a tus larguezas, van viento en popa, contrarrestando con éxito las ideas subversivas y antirreligiosas de la masonería y el socialismo: nuestras huestes clericales y buena prensa trabajan con suma habilidad y provechosos resultados: mientras tengamos subyugada a la hembra pecadora todo va bien. Tus sacrificios por nuestra santa causa no son estériles. ¡Ah!... no son estériles.

Duque Mucho lo celebro, pues todo es poco para consolidar sobre bases inconmovibles la religión de nuestros mayores y la monarquía.

Conde No quisiera nublar al cielo de vuestras risueñas esperanzas; en mi opinión el tinglado artificioso social que padecemos, creado y sostenido por códigos y leyes que pugnan en gran parte con las que rigen la naturaleza, tiende a desaparecer al influjo de la lógica y el sentido común.

Viz. (Haciendo genuflexiones.) Esa es la amenaza perenne de los anarquistas, que ni nos aterra ni nos cohibe en lo más mínimo para continuar nuestra obra redentora. ¡Ah!...

Duque (Dirigiéndose al Conde.) Tú eres un volteriano empedernido, que de todo dudas, porque en nada crees.

Conde En cambio tú eres un conservador con ribetes de neo y temperamento absolutista. ¿No es esto?

Duque Conforme en un todo.

Conde Pues bien; yo no soy tan exclusivista como tú; tengo algunas ideas conservadoras, sin ribetes; no pocas democráticas, sin costuras; acepto varios puntos de vista del socialismo, sin pespuntes ni dobleces; y hasta principios anarquistas, sin bombas ni similares. En lo confesional todas las creencias me merecen gran respeto; soy ecléctico, pues en todas hallo la tendencia al bien. Como es lógico, estimo preferentes las divinas Doctrinas del Redentor, que inspirado por Dios, sintetizó las ideas más altruistas y abnegadas de las demás; pero en todas ellas se impone el depurarlas de las mistificaciones introducidas por sus explotadores.

Viz. Sus ideales son la negación de todo lo existente; traerían el caos. ¡Ah, sí, el caos!

Conde El respeto obligado a todas las creencias trae aparejada la paz de los espiritus y con ello el bienestar de los pueblos. (Al Vizconde.) ¿Pero tú crees en algo?

Duque Dejémonos de divagar, pues está visto que no nos entendemos. Ahora bien; sepamos, Vizconde, qué es lo que deseabas.

Viz. Chico, mi pícara pasión, lo de siempre, el juego. Ayer me ganaron lo que me restaba de mi patrimonio, y gracias a mi suegra... ¡Ah! mi suegra, que apesar de tener más bigote que un carabinero, tiene un corazón de oro!

Conde De billetes de Banco dirás, y luego se vilipendia a las suegras con los apóstrofes más duros.

Viz. Las atenciones de mi casa ella las satisface, pues por mi parte, ¡ah! nos convertiríamos en camaleones.

Duque ¿Pretendes por lo visto seguir probando fortuna?

Viz. Donde se ha perdido la capa hay que buscarla.

Duque ¿Por qué no buscas una ocupación que te distraiga? La ociosidad es enjendradora de todos los vicios.

Viz. De soltero, ¿no sé si lo recordarás?, papá me

colocó en el Ministerio de Hacienda; pero mis inclinaciones no me llevaban a ser burócrata, ni menos a hacendista, así es que firmaba la nómina y cobraba el sueldo, pero como otros privilegiados, no ponía los piés por la oficina, y... llegó un día en que me dejaron cesante sin clasificación.

Conde Harto tiempo explotaste el destino que le hubiera venido bien a uno de tantos jóvenes inteligentes y pobres.

Viz. ¡Ja, ja, ja!... Tomás. Pues mira, hoy me preocupo de mi porvenir, porque para lo único que paréceme tener aptitudes es para cochero, y esta alta posición de auriga, por el sitial que ocupan, se va haciendo difícil con la creciente introducción de automóviles. ¡Ah! Los automóviles despanzurrantes han venido a hacer inútil nuestra destreza cocheril.

Conde En mi vida he conocido a ningún jugador que se enriquezca; que se hayan arruinado, a centenares. En cuanto a tus propósitos, en efecto son elevados en relación a los jamelgos que puedas guiar.

Duque Contra tu dicho, Vizconde, opongo yo este otro, ya antiguo, de una madre. «No siento que mi hijo haya perdido en el juego la capa, sino que trate de recuperarla.»

Viz. Será verdad cuanto decís, pero el buen artillero debe morir al pie del cañón; la fe salva. ¡Ah!

Duque Pues morirás, y no por causa tan noble y levantada como un soldado en el cumplimiento de su deber, sino por un vicio que suele traer las peores consecuencias.

Viz. Qué quieres; si fuera rico me permitiría el lujo de gozar en la posesión y ostentación de otra Laura; pero eso sólo se queda para los afortunados como tú. Ayer mismo me presentaron una cupletista andaluza ¡de órdago!, con unos ojos negros cuyas incandescentes miradas serían capaces de producir el incendio de un polvorín; con una boca más sabrosa que todas las de la Isla que puedan venderse en el Puerto de Santa María, y un seno gelatinoso cuya contemplación excitaba a emprenderla a bocados; pero ¡ah! amigo mío, la mujer, que se las trae, no se

da a partido sino con máxima *pecuniam.* ¡Ah!... y tuve que comprimirme.

Conde A eso puede que lo llames virtud.

Viz. Quién duda que el deseo contrariado... ¡Ah! el deseo contrariado...

Duque Tu teoría es inaceptable, puesto que no se impone tu voluntad, sino la fuerza de las circunstancias. Mas vamos a ver, ¿qué necesitas?

Viz. Con quinientas pesetejas... me parece que el empréstito no puede ser más módico, ya sabes que cuando he acudido a tu espléndida bolsa he cumplido como correcto *clubman*; sólo la última vez, en que todavía me encuentro en descubierto, por culpa del maldito azar, pues tenía una combinación... ¡Ah, qué combinación!

Conde No hay jugador que no la tenga: se pasan la mitad de la vida haciendo números cabalísticos y la otra mitad apuntando, y al final una bala o San Bernardino.

Duque (Que ha sacado del bolsillo del batín una cartera con billetes.) Toma lo que deseas y que sea la última vez que tengas precisión de intentar solucionar tus aspiraciones por procedimientos *non santos.*

Viz. (Cogiendo los billetes.) Gracias, chico, si esta noche la fortuna me favorece, me corto la coleta. ¡Ah! y hasta el pelo al rape. (Dándole la mano y despidiéndose a la vez del Conde.) Vaya, adiós, y que todos nuestros propósitos nos salgan a pedir de boca. (Vase.)

Duque Que él te oiga.

ESCENA IV

DUQUE y CONDE

Conde Aquí tienes un pariente que es un verdadero golfo de la nobleza.

Duque Aparte sus debilidades que todos las tenemos, presta buenos servicios a nuestra causa para resistir la avalancha de los descamisados.

Conde ¿Con tales ejemplos? La vida es lucha permanente, no sólo entre las clases sociales,

sino entre todos los seres; atenuándose tan sólo sus deplorables efectos en los racionales, por medio de la cultura: debemos por tanto no tender a vencer, sino a convencer, dando a los desheredados trabajo apropiado a sus condiciones fisiológicas para que atiendan a su subsistencia, y la mayor instrucción posible para que fortalezcan su espíritu y cultiven su inteligencia, sin privarles nunca del consuelo inagotable de la caridad en sus penurias y aflicciones.

Duque Todo eso es música; pan y palo.

Conde No, justicia y libertad.

Criado El señor Doctor.

ESCENA V

DICHOS y DOCTOR

Doctor Señor Duque... (Reparando en el Conde.) Mi respetable Conde; ustedes siempre juntos, me recuerdan Orestes y Pílades.

Duque Sin perjuicio de andar siempre a la greña.

Conde Cuanto más amigos más reñidos.

Doctor Quizá esa divergencia de opiniones les sirva de nexo, pues los polos opuestos se tocan.

Duque Sentémonos. (Se sientan.) ¿Qué noticias interesantes trae usted? ¿Qué infundios se propalan por los mentideros de la Corte del oso y el madroño?

Doctor No frecuento las Cámaras parlamentarias, ni centros y casinos, ni asisto a reuniones y tertulias, así es que estoy poco enterado de la crónica escandalosa; sin embargo, por el ejercicio de mi profesión sé que en este pícaro mundo ocurre lo de siempre; el demonio y la carne haciendo de las suyas sin darse punto de reposo.

Conde Eficaces y provechosos auxiliares del protomedicato.

Doctor No lo niego, pero en cuanto al provecho hay de todo.

Duque Para la masa modesta y humilde, es posible; pero los que han logrado notoriedad van ustedes con excepciones meritísimas tan en *crescendo* en sus pretensiones, sobre todo

desde que se han puesto de moda las especialidades, que aun los pacientes privilegiados nos resentimos económicamente.

Doctor — Aparte de lo exagerado de su juicio, hay que tener en cuenta las necesidades cada día más apremiantes y mayores y las compensaciones en la respectiva situación de nuestros clientes.

Conde — Clasificación hecha a ojo de buen cubero, o por lo que se dice, y en ello, generalmente no existe el acierto. Entiendo que gozan ustedes de privilegios que pugnan con la equidad en el momento que son árbitros, con arreglo a su conciencia, de señalar sus honorarios.

Doctor — Como cortapisa a los abusos tenemos los tribunales profesionales.

Duque — Mas como ningún tonto tira piedras a su tejado, ellos que no lo son, supongo arrimarán el ascua a su sardina.

Doctor — (Riéndose.) Si se pone en tela de juicio la buena fe... Por otra parte, ¿qué procedimiento podría emplearse más correcto?

Conde — Como la ambición no tiene límites, y nuestra conciencia suele ser harto acomodaticia, paréceme que lo más racional y prudente sería que, cual a los Cuerpos técnicos-facultativos, les aplicasen una tarifa, o el procedimiento seguido por la raza amarilla: curas, cobras.

Doctor — Difícil encuentro regular nuestros servicios; pero en ese caso hay que convenir que en situación más anormal se encuentran los letrados, aprovechados comerciantes, desaprensivos industriales, y otros gremios menos escrupulosos.

Duque — ¡Quién lo duda! Pero hemos de convenir en que esas incorrecciones son más censurables en los que ejercen profesiones Académicas o Universitarias, porque en lo relacionado con los abogados, tiene la agravante de que en cuanto poseen altos cargos políticos cotizan su influencia a precios *extra*, logrando representaciones de entidades jurídicas con tan extraordinarios emolumentos que hacen sospechar que la balanza de Themis no siempre está en el fiel.

Doctor — Pensando usted de esa suerte, ¿por qué no

lleva a la alta Cámara un proyecto de ley en el sentido expuesto por el Conde?

Duque Porque no me conceptúo con autoridad bastante, ni elocuencia suficiente.

Conde Vencer la resistencia de los beneficiados, que son los más en los Cuerpos Colegisladores, sería una obra de romanos. Cuando estas dolencias sociales lleguen al período álgido, reformas de tanta o más trascendencia se impondrán, como se imponen en las calamidades públicas los remedios heróicos.

Criado Señor Duque, la señora Baronesa.

Duque Que pase.

Doctor (Levantándose y aparte al Duque.) Vengo de ver a Laura y está completamente bien, una ligera jaqueca que se la pasó con el descanso. (Alto.) Si no necesitan ustedes de mis servicios, con su permiso me retiro. (Despidiéndose de ambos.)

Duque Adiós, querido Doctor, y perdónenos si hemos flagelado algún tanto a la aristocracia médica.

Conde (Riéndose.) Vaya a cuenta de las veces que nos flagelan a nosotros. Le acompaño, puesto que veo que tarda en venir la Duquesa. Hasta mañana, Ricardo. (Vanse a tiempo que entran las señoras.)

ESCENA VI

DUQUE, BARONESA y dos señoras

Duque (Saliendo al encuentro.) ¿A qué debo tan señala do honor, carísima Baronesa? (Les da la mano e invita a sentarse.)

Bar. (Sentándose a la vez que sus amigas.) Mi buen Duque, usted siempre tan amable; vengo acompañada de estas dos amigas, que tengo el gusto de presentarle; la señora doña Fulgencia Avizor, viuda de Arpón, y la señorita Esperanza del Consuelo, Secretaria de nuestra Junta de damas contra la impiedad, en cuya representación veníamos para visitar a la Duquesa, mas como, según nos han dicho, no está en casa, me he permitido pasar a molestarle, confiando en su galantería.

Duque — Sabe usted que nos tiene por completo a su disposición. ¿De qué se trata?

Bar. — Huyendo del infierno de Portugal que se ha contaminado de la diabólica Francia, llegaron a esta capital hace meses unas santas madres pretendiendo establecerse bajo nuestra égida salvadora.

Duque — ¿Y cuál es su misión? Pues son ya tan innumerables las comunidades que nos han venido del Extranjero con fines diversos, que no sé en qué podrán emplearse fuera de la contemplación y el rezo.

Bar. — La fe, que es precisamente en materias religiosas no pensar, inspira, sin embargo, cuando se está en la gracia del Señor, los pensamientos más sublimes. Estas virtuosas madres se denominan del «acompañamiento» y su fundación obedece, como su nombre indica, a constituirse en señoras de compañía de huérfanas, viudas sin familia, e impedidas y perturbadas, y como son maestras en lenguas, reservadas y serias, se hacen muy gratas y hasta necesarias.

Duque — En efecto, veo que se aguza el ingenio y se extiende la red por nuestros hermanos con habilidad suma, para salvar del pecado al mayor número posible de almas.

Viuda — Habla usted, señor Duque, con la elocuencia de un padre de la iglesia: Dios se la aumente.

Sec. — Amén.

Duque — ¿Y cómo llevan sus laudables propósitos esas interesantes políglotas?

Bar. — Muy bien. Como felizmente la aristocracia y los adinerados no se han contaminado de las perniciosas tendencias de estos tiempos de Satanás, que Dios confunda...

Sec. — Amén.

Bar. — Las han prestado su poderosa ayuda y tienen ya adquiridas dos casitas contiguas que tratan de derribar para construir su asilo e iglesia, cuyo proyecto, hecho graciosamente por un arquitecto místico, asciende a la suma de quinientas mil pesetas; ya ve usted que no puede darse nada más modesto.

Duque — Gracias a las arraigadas convicciones de las personas pudientes, hoy cuentan nuestros institutos religiosos y conventos con una ri-

queza cien veces mayor que la que les arrebató el desenfreno de los revolucionarios, cuando la desamortización, a pretexto de que no precisan más bienes que los espirituales.

Bar. Dios devuelve a cada uno lo suyo con creces.

Sec. Amén.

Viuda Ahora, lo que hace falta es reunir, con el acerbo común de los fieles, lo indispensable para dar cima a la obra, y confíamos, señor Duque, en su cooperación.

Duque (Levantándose y tocando el timbre que tiene en la mesa de despacho.) Cuenten ustedes desde luego con ella. (Las señoras se levantan y se despiden.)

Criado (Desde la puerta.) A las órdenes de vuecencia.

Duque A mi apoderado que venga.

Bar. Que la gracia de Dios no le deje de su mano y a los proterbos los confunda.

Sec. Amén. (Se retiran haciendo reverentes saludos.)

ESCENA VII

DUQUE y DON JUSTO

Justo A sus órdenes, señor Duque.

Duque ¿Habrás visto salir de aquí a la Baronesa acompañada de dos señoras?

Justo Sí, señor.

Duque Pues bien, han venido a solicitar nuestro concurso para la construcción de un refugio e iglesia que se proponen fundar bajo la salvaguardia y gerencia de unas madres extranjeras, se la he ofrecido y puedes mañana remitir a la Baronesa un cheque del Banco por valor de veinticinco mil pesetas.

Justo Recuerde el señor Duque que con esta suma ascenderá cerca de noventa mil pesetas lo que se ha dado este año para fines análogos; por otra parte me dispensará si me permito hacerle observar que se muestra demasiado espléndido con asociaciones religiosas extrañas al país, y cuyos íntimos propósitos y fines ocultos desconocemos.

Duque Tenemos que evidenciar a los demagogos franceses y portugueses que la rancia aristocracia española tiene alientos y recursos

para hacer frente a sus desenfrenos anticlericales.

Justo Se hará lo que ordene vuecencia, pero juzgo que dado el estado misérrimo del país, pudiera emplear su fortuna con más acierto y agrado del ser Supremo.

Duque Está visto que para ti siempre yerro, y es que la tendencia de clase influye en tu criterio.

Justo Señor; mi padre consagró su existencia al servicio del abuelo de vuecencia; yo al de su inolvidable padre y a su excelencia; nuestra fidelidad jamás se puso en duda, como tampoco nuestros sentimientos religiosos; por lo mismo tengo el deber de ser sincero y lo soy.

Duque Vamos a ver, ¿cuál sería tu proceder en mi lugar?

Justo Muy sencillo: acatamiento a las instituciones imperantes, sin vasallaje; acendrada fe en la religión cristiana como credo de amor, iris de paz y concordia entre todos los humanos, y finalmente, caridad, sin tener en cuenta escuelas, credos, ni condiciones sociales.

Duque Si todos se inspiraran en tus convicciones, el mundo sería una Arcadia, el colmo de la dicha y la felicidad; mas resulta un bello ideal completamente irrealizable.

Justo Deber inexcusable es en los que ansían acercarse al Dios justo, enderezar su pensamiento y sus procederes a tan altruistas fines.

Duque Mientras llega ese momento por ti tan anhelado, cumplamos lo ofrecido remitiendo esa suma, y no dejes de contestar las cartas a que he puesto notas.

Justo Su excelencia será servido. (Se dirige a la mesa de despacho, coge varias cartas y se sienta ante la pequeña mesa de escritorio que, con recado de escribir hay cerca del balcón, poniéndose a examinarlas y contestarlas.)

Criado Una comisión de Maestros aparejadores desean verle, señor Duque.

Justo Son los despedidos de la casa en construcción.

Duque Que pasen.

ESCENA VIII

DUQUE y TRES MAESTROS DE OBRAS, que entran con el sombrero quitado haciendo una reverencia

Duque (De pie.) ¿Qué se les ofrece a ustedes?

Maes. 1.º Suponemos sabrá el señor Duque que hace tres días su apoderado suspendió las obras de la casa que estábamos construyendo, a causa, según nos expuso, de faltas cometidas, y deseábamos saber si se han de continuar o no, para resolver lo que estimemos más procedente.

Justo (Levantándose y dirigiéndose al Duque.) Como ya expuse a vuecencia me ví en el sensible caso de tomar tan desagradable determinación, porque conforme piden los obreros equidad, con razón y justicia, entiendo no procede olvidar cuando se les concede, los deberes que les imponen recíprocamente la justicia y la razón. Pues bien; estos señores, o sus operarios, que para el caso es lo mismo, puesto que lo consienten, perdían la mayor parte de los días en las horas de trabajo, ttempo no despreciable, fumando, leyendo periódicos o discutiendo, sin que para nada tuviesen en cuenta mis observaciones y consejos. Con este incorrecto proceder, el gasto se aumentaba considerablemente, haciendo ilusorio todo interés al capital empleado.

Duque En efecto, esa conducta no es correcta, ni tolerable, cdando se acepta voluntariamente un compromiso; lo serio, si no se quiere o no se puede cumplir, es renunciarlo.

Maes. 1.º No hemos de negar que algo de lo expuesto es cierto, pero siempre se exagera; a veces, ante noticias sensacionales, es imposible contener la curiosidad de nuestros obreros.

Duque Pues buscaremos otros que llenen más celosamente su cometido.

Maes. 1.º No lo permitiremos; estableceremos el sabotage.

Justo ¿Y son ustedes los que piden libertad y justicia sin perjuicio de recurrir a medios tan incalificables?

Maes. 1.º No vamos a dejarnos morir de hambre.

Justo Y apelan al derecho de la fuerza que tanto anatematizan.

Duque A nadie le falta ocupación, ni mucho menos se le priva de ella cuando procede con la corrección debida.

Maes. 1.º Ofrecemos que no tendrán de hoy en adelante queja alguna.

Duque Con verlo basta. (*A don Justo.*) Desde mañana que se reanuden las obras.

Maes. 1.º Y los jornales de los tres días que hemos perdido, ¿quién nos los satisface?

Duque Comprenderán ustedes que no es moral ni equitativa la pretensión que envuelve tal pregunta; sin embargo, en mi deseo de hacer el bien y evitar conflictos, yo los abonaré: pueden retirarse.

Maes. 1.º Muchas gracias en nombre de todos, señor Duque. (*Se retiran.*)

ESCENA IX

DUQUE y JUSTO

Justo El pueblo obrero puede y debe redimirse inspirando su conducta en virtudes cívicas; seguir procedimientos análogos a los que ha censurado y combatido en los que dirigen la cosa pública, le conducirá a escenas terribles, y todos debemos de caminar de consuno al bienestar general. Digo esto, porque como ejemplo educativo yo no hubiera transigido con la absurda petición de esos ciudadanos.

Duque Transigir es gobernar, y hay que tener en cuenta su falta de cultura.

Justo En tanto cuanto no padezca el decoro y la dignidad, pues ceder ante las amenazas acusa debilidad, temor.

Duque (*De mal talante.*) Ni una ni otra cosa, y basta de osadas ingerencias.

Criado Señor Duque, un aragonés que dice traer una carta del Administrador de Pinos altos.

Duque ¿Me dejarán en paz? Que pase, y ya no estoy para nadie, ¿entiende usted?

Criado Entendido, excelentísimo señor. (*Se retira.*)

ESCENA X

DUQUE, DON JUSTO y MIGUEL, con traje típico aragonés

Mig. (Entrando.) A la paz de Dios, señor Duque y compañía.

Duque He tenido carta de tu padre; porque supongo que tú eres el hijo de Mariano, el guarda mayor de Pinos altos.

Mig. El mesmico que viste y calza. (Saca de la faja una carta que entrega al Duque.)

Duque (La lee y la deja sobre el velador.) ¿Conque por lo visto, deseas colocarte en Madrid? Difícil es, pero lo intentaremos.

Mig. ¿Quiere callar vuecelencia? Pa el que come con el Rey cuando le viene en gana, no hay ná dificultivo.

Duque No tanto; como con Su Majestad cuando me dispensa el señalado honor de invitarme.

Mig. Lo mesmo dá; pero además no crea vuecelencia que yo vengo de vacío: sé leer y escribir de corrío; como que ayudo al párroco a poner las partías de bautismo y de defunción.

Duque Eso te es muy conveniente; siéntate. (Se sienta el Duque al lado del velador.)

Mig. (Tomando asiento en una silla al lado del Duque.) También conozco las cuatro riglas de sumar, restar, multiplicar y devidir.

Duque (Dándole un cigarro de papel.) Toma un cigarrillo, si es que fumas.

Mig. (Cogiéndolo.) De gorra, porque mi padre dice que no debo emplear dinero en vicios.

Duque Me parece bien. ¿Y qué más sabes?

Mig. Toma, la historia sagrada al dedico; ¡y qué cosas se aprenden! Mire vuecelencia que las mujeres de aquellos tiempos eran malicas de verdá; ¡reconcho!, cualquiera podía fiarse de ellas.

Duque Esos conocimientos te servirán para poco; pero dime, ¿a qué mujeres te refieres?

Mig. Otra te pego; la primerica Eva se deja engañar del diablo disfrazao de bicha, que se había entrao en el paraíso sin que naide la viera, y endispués ella le engatusa a Adán, dándole la manzanica, y aluego los echa un

arcángel con una espada de fuego y tienen que dirse echando chispas por esos mundos de Dios.

Duque (Riéndose.) Pero como comprendes, Adán no debió dejarse tentar comiendo de la fruta prohibida.

Mig. Pues mire, señor Duque, he aprendío que tóos semos Adanes; yo mesmo, una noche, yendo al monte tropecé en el camino con la hija de la tía Pirronda: nos pusimos a charlotear y se puso tan pesá, que si te vas, que si te vienes; ná, que por último, me fuí con ella; por cierto que mi padre me dió al día siguiente más morrás que dedos tienen las manos.

Justo (Riéndose.) Al principio te quedarías frío, pero luego entrarías en calor.

Mig. Apañadico me dejó.

Duque (Riéndose.) Tu historieta tiene gracia, pero hasta aquí no veo más que una mujer frágil.

Mig. ¿Y Judit, que con sus miradicas y monerías le emboba a Holofermes, y cuando estaba más confiao, le corta la cabezota?

Duque (Riéndose.) ¡Ja, ja, ja!

Mig. ¿Y Dalila, que se entrega en brazos de Sansón, y cuando logra dormirle a fuerza de hacerle cosquillas, le toma el pelo y se lo corta, haciéndole mofa y burla del lugar?

Justo (Riéndose,) ¡Ja, ja, ja!

Duque Fueron unas heroínas que expusieron sus vidas por salvar al pueblo de Israel.

Mig. Pero empleaban unos medios...

Duque No tenían otros más adecuados que sus encantos y belleza.

Mig. ¿Y qué me dice vuecelencia de la mujer de Putifar? Que si José no escapa dejando la capa, le deja más blando que una breva... ¿Y qué de la familia de Lot, salvada milagrosamente del fuego celestial, que como castigo por su lúbrico y desenfrenado proceder, cayó sobre su pueblico, pa que la mamá por curiosa se convirtiera en estatua de sal, y las *castas* hijas pusieran *calamocano* a su papá, y...

Justo De bien poco ha servido por cierto el castigo impuesto a la curiosidad de las hembras; de hacerse general todas se convertirían en estatuas.

Mig. ¿Y de Lía?...

Duque — Bien, basta de *líos;* veo que en efecto te has aprendido a muchas mujeres bíblicas.

Justo — La verdad es que enseñar esas y otras cosas más escobrosas a los niños, no sé de qué puede aprovecharles.

Duque — Vamos a ver, ¿en qué quieres colocarte?

Mig. — Mire usté, vuecelencia; mi maestro ma dicho: «No te acobardes en la corte, que nengún hombre se come a otro hombre; tú eres listico y ten muy en cuenta que de un cura de misa y olla se hace un Obispo, y si quiere el Papa, de un golpe Cardenal; de un soldado, un General; de un Abogado sin pleitos, un Magistrao, y de un gasta tintas de un menisterio, un Menistro.

Duque — (Riéndose.) Se dan casos, pero tienen que probar su valer.

Mig. — Pués métame vuecelencia la cabeza en una ofecina, con ocho o diez mil realicos tóos los años y verá cómo pruebo mi valer, que soy más testaruo de lo que paice, y cuando me propongo una cosa, como tengo esta (Señalándose a la cabeza.) tan dura, o lo consigo o me desnuco.

Duque — Para lo que pretendes se necesita más influencia de lo que tú supones. (Viéndole con el cigarrillo que se lo ha puesto en la oreja, después de haber estado dándole vueltas.) Pero qué, ¿no enciendes el cigarrillo?

Mig. — (Quitándoselo de la oreja.) Como no tengo mixtos...

Duque — (Cogiendo una cerilla de una caja que hay sobre el velador.) Aquí los tienes. (Se los da.)

Mig. — Muchas gracias. (Lo enciende en la planta de una alpargata y después de apagada, no sabiendo dónde echarla, se la va a meter entre la faja.)

Duque — (Riéndose.) No, hombre, no; échala aquí. (Le indica un cenicero que hay sobre el velador.)

Mig. — ¡Reconcho! ¿En esa bandejica que paice de plata?

Duque — En esa, que es de plata y para eso se destina.

Mig. — (Echando la cerilla en la bandeja.) Puesto que lo quiere vuecelencia cúmplase su voluntad.

Criado — (Entrando con una bandeja de plata en la que lleva una carta.) Esta carta acaban de traer, señor Duque.

Duque — (Cogiéndola.) ¿Esperan contestación?

Criado No, señor,

Duque Está bien, retírate. (Levantándose y separándose para leerla. Aparte.) «Querido Ricardo: esta noche a las diez, en celebración de la fiesta onomástica de Publia, te espero en compañía de tu adorable Laura; correremos una juerguecita en familia y recibireis una grata sorpresa. Te abraza tu invariable, Enrique.» Este Marqués siempre de tan buen humor; habrá que complacerle y echaremos una cana al aire, que hartos sinsabores tiene esta mísera existencia. Voy sin pérdida de tiempo a dar a Laura noticia de este inesperado acontecimiento, que estoy seguro acogerá con júbilo. (Guarda la carta y se dirige a don Justo. Alto.) Que este buen mozo ponga una nota de lo que desea con las señas de su hospedaje. Tengo que ir a evacuar un cometido urgente; si pregunta por mí la señora Duquesa, que pronto estaré de vuelta. (Dirigiéndose a Miguel.) Cuando quieras puedes venir por aquí y ya veremos si logramos darte ocupación adecuada. (Sale por la puerta izquierda.)

Mig. Que la Pilarica le oiga y hasta otra, señor Duque.

ESCENA XI

DON JUSTO y MIGUEL

Justo (Invitando a Miguel que se siente en su silla y poniéndole delante en el pupitre una cuartilla de papel blanco.) Siéntate aquí y pon una nota con tu nombre, los dos apellidos, edad, pueblo de tu naturaleza y las señas de la posada donde te hospedas.

Mig. (Sentándose.) En seguidica. (Se pone a escribir.) Y oiga usted, ¿no digo nada de la ilesia donde me bautizaron?

Justo Basta con lo que te he dicho.

Mig. (Termina la nota, se levanta y se la entrega.) Me paice que por falta de garrupatos no quedará.

Justo (Se pone los anteojos y la lee.) Veo que eres un calígrafo; tienes una letra redondilla, clara y de trazos muy correctos; con menos adornos o *garrupatos,* como tú dices, estaría me-

jor, y sobre todo, no comiéndote las comas y las aches.

Mig. ¿Y por qué me llama usté caligrafó?

Justo Porque haces una bonita letra. Puedes ya retirarte y si te place, vienes todos los días a comer con la servidumbre a la una de la tarde y ocho de la noche.

Mig. Lo estimo y vendré, que en la posá del Calvo, donde estoy alojao, no habrá pelos, pero carne tampoco; conque de aquí a luego. (Se marcha)

ESCENA ULTIMA

DON JUSTO solo

(Levantándose y dirigiéndose al proscenio.) Está visto, la verdadera clase media, la que con su cultura e instrucción labora incesantemente para ganarse el sustento, sin posible asociación ni defensa, es la víctima propiciatoria, que sufre la presión de los de arriba y la desaprensión de los de abajo. (Se retira. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Decoración: Elegante «serre» adornada con macetas de variadas flores y arbustos. Una puerta en el centro de cada uno de los laterales. En el ángulo derecha del fondo, mesa cubierta con mantel, en la que habrá varias bandejas: unas con dulces y pastas, otras con copas, vasos y botellas de Jerez y licores. En el ángulo de la izquierda, al fondo, un piano. En el proscenio, tres veladores con dos sillas, junto a cada uno de ellos. Distribuidos convenientemente, algunos sillones y mecedoras.

ESCENA PRIMERA

EL MARQUÉS, solo.

Marq. (Paseándose.) No sé si estoy impaciente por ver a todos los personajes de mi comedia aquí reunidos, o temeroso y apesadumbrado del acto que voy a realizar. Laura me inspira una pasión que raya en locura, quizás porque encuentro obstáculos a su posesión; posible es que si llego a lograrla, como ansío, me ocurra lo que con todas; un nombre más en la lista de las abandonadas a la indiferencia, cuando no al olvido. En fin, ¡quién sabe! nuestro porvenir es un arcano y los vientos de la fortuna o de la desgracia nos conducen en ocasiones, bien a nuestro pesar, a donde nunca nos propusimos. (Saca un cigarrillo de papel, que enciende y fuma, sentandose en una silla de las más próximas al proscenio.) Mi plan lo encuentro bien meditado, pues aun cuando el Duque es hombre de

entendimiento, su voluble carácter, su afición al Kirtch y su pasión por las faldas, me facilitarán los medios de burlarle la dama. Despues de todo, Laura no se muestra esquiva y a pesar de que la domina el interés, su resolución dependerá del sesgo que tome esta noche mi enredo.

Criado (Asomándose por la puerta izquierda.) Señor Marqués, la señorita Publia.

Marq. Que pase en seguida, y no olvides mis instrucciones. Ya sabes: los sombreros y abrigos de los que vengan esta noche, exceptuando los de la señorita Laura, los llevas a la casilla del guarda del jardín.

Criado Todo se hará según me tiene ordenado el señor. (Vase.)

ESCENA II

EL MARQUÉS y PUBLIA

Publia (Echándole los brazos al cuello.) *¡Mío càro!*

Marq. (Dándola un beso en la frente y ciñéndola con un brazo por la cintura.) ¡Publia encantadora! (La coge de una mano y la lleva a sentarse a una de las sillas del velador del centro, ocupando él otra a su lado.) Necesito que esta noche hagas un derroche de talento y gracia; ya sabes a qué atenerte, en ello va tu porvenir y mi reconocimiento

Publia Como puedes ver, he puesto en mi tocado el mayor incentivo posible, el descote y las mangas cortas ponen al descubierto tersuras atrayentes: no olvides que soy piamontesa y sé aguzar el ingenio con resuelta voluntad.

Marq. (Levantándose juntamente con Publia, a quien lleva de la mano, dirigiéndose a la mesa donde están las botellas.) Fíjate bien. (Coge una que se la enseña.) Esta botella con marca rosa es del célebre licor Kirtch, que tanto agrada al Duque; está algo cargado de elementos soporíferos, y en cuanto le dés unas copas, estoy seguro que producirán el resultado que apetezco. Ahora bien; abstente de beberlo, porque es preciso te halles despejada por completo. (Se dirigen al proscenio.)

Publia Entendido, ¡picaronazo! ¿Qué no haré yo por servirte a placer?

Marq. Eres tan inteligente como linda; y si no se tratase de tu bien y de satisfacer por mi parte un capricho que me subyuga, no te dejaba por nada del mundo. (La coge de la mano y la da un beso en la frente.)

Publia (Irónicamente.) Hay que reprimirse, Marqués; esta noche nos divorciamos.

Marq. ¡Ja, ja, ja! Se entiende, condicionalmente.

ESCENA III

DICHOS, CRIADO, y después JOSELILLO y MERCEDES

Criado Señor Marqués, acaban de llegar Joselillo y su pareja.

Marq. Ya me impacientaba su tardanza; que pasen.

Criado Inmediatamente.

Publia ¿De suerte que saldremos por la puerta del jardín?

Marq. Sí; todo se preparará en regla, para que emprendáis la fuga, dejándome burlado. (Dándole un cachetito en la cara, y con ironía.) ¡Ingrata!

Publia Lo curioso es que voy a ser raptadora.

Marq. Pero haciendo creer todo lo contrario.

Jos. (Entrando del brazo de Marcedes; él en traje corto andaluz y ella con mantón de Manila, llevando en la mano: él una guitarra y ella unas castañuelas, que dejan sobre el piano.) ¡A la paz y alegría de la gente juncal! (Se separa de Mercedes y da la mano al Marqués y a Publia, presentándoles a Mercedes.) Aquí tienen al ruiseñor más gorjeador que han escuchao los que oyen, y meneando las caeras y los pies, la Terpsícore que más ha quitao el sentío.

Mer. No le hagan caso sus señorías; porque, como buen malagueño, desagera. (Se queda hablando con Publia.)

Marq. (Separándose con Joselillo y hablándole aparte.) Algo te has retrasado, y me temía viniera el Duque sin que pudiéramos cambiar las últimas impresiones.

Jos. Chico, el penco que traía el maltrecho vehículo era de lo peorcito que yo he conocido; así es que creí no llegar nunca; mas aquí

tienes ya mi persona y no perdamos el tiempo.

Marq. Ya sabes lo que hay que hacer. En cuanto el Duque pierda su libre albedrío, Publia se lo llevará y le meterá en el automóvil; vosotros, inmediatamente, ocupáis los otros dos asientos y los acompañáis hasta dejarlos en el hotelito de Publia. Si, lo que no espero, el Duque armara algún escándalo en el trayecto, creo excusado decirte lo que habéis de decir para salir al encuentro de sus acusaciones o cargos.

Jos. ¿Te parece que, aunque mis aficiones toreràs, de guitarreo y cante flamenco, me han restado no pocas horas de estudio en mi carrera de Derecho, he obtenido el título de Licenciado, de guagua?

Marq. Pero ten muy en cuenta que aquí no eres más que Joselillo, alias *El Moreno,* malagueño de pura sangre.

Jos. Ni que decir tiene; estate tranquilo que ya me conoces y me has visto más de cuatro veces en juerga, dando el timo hasta a los más típicos cantaores.

ESCENA IV

MARQUÉS, PUBLIA, JOSELILLO, MERCEDES, y después DUQUE, LAURA y CRIADO

Criado Señor Marqués, acaban de llegar el señor Duque y la señorita Laura.

Marq. Que pasen en seguida. (El criado hace una inclinación de cabeza y se retira.)

Duque (Abrazando al Marqués.) Te felicito por el buen acuerdo de celebrar esta fiesta en obsequio a a tu incomparable *diva.*

Laura (Abrazando a Publia.) ¿Con que esta velada es en honor de tu santo? No quiero preguntarte las primaveras que sumas, porque además de acusar indiscreción, ninguna tenemos más años que aquellos que llevamos en la cara. Que cumplas muchos y podamos conmemorarlos como lo hacemos al presente!

Marq. (Presentando al Duque, y Laura a Joselillo y Mercedes.) Tengo el gusto de presentaros a Joselillo, alias *El Moreno* y a su conjunta Mercedes,

alias *La Gorgoritos*. Como tocador de guitarra y cantadora y bailadora, son una de las parejas más simpáticas y de más gracia que yo he conocido. Esta es la grata sorpresa que, en primer término, os tenía preparada.

Jos. (Dirigiéndose al Duque y Laura.) El zeñó Marquez noz favorese en extremo, y ¡vamoz!, zentiría lez entrase la morriña oyéndonos.

Duque Tiene gracia; Enrique es peritísimo y cuando les ensalza, seguramente lo merecerán.

Marq. Siéntense donde mejor les parezca, que aquí no hay prejuicios, ritual, ni preferencias.

(Se sientan Laura y Publia, velador de la izquierda, Joselillo y Mercedes cogen la guitarra y castañuelas y se sientan junto al velador de la dérecha, empezando el primero a templar la guitarra, quedándose en el frente, proscenio, de pie, el Duque y el Marqués, hablando «sotto voce.»)

Duque Siempre la sencillez y la íntima franqueza son la característica de tus alegres fiestas. (Aparte.) ¿Sabes que encuentro esta noche a Publia deslumbradora de belleza?

Marq. Cada día me tiene más chiflado. Es una italiana con todos los encantos y atractivos de esa nación clásica del arte soberano para la seducción de los sentidos.

Duque También encuentro muy simpático el tipo de Joselillo y muy agraciada su compañera.

Marq. Aún te resultarán mejor su ingenio y gracejo. Pregúntales lo que te parezca.

Duque (Dirigiéndose a Joselillo.) Joselillo, ¿es usted gaditano? (Se sientan al lado, velador centro.)

Jos. No zeñó, ni por pienzo; que aunque izen quéz una tasita de plata, zin dúa por mor de las pescadillas y la mansanilla, tiene muchaz bocaz abiertaz: yo zoy malagueño nacío en el Perchel y no zé por qué ze m'ha metío en la chola que tóo er mundo debe conosérmelo en la fizonomía der rostro de la cara der zemblante.

(Escuchan todos y se sonríen.)

Duque Difícil es apreciar en tal sitio la partida de nacimiento.

Jos. En general, zí, zeñó Duque; pero a loz que hemoz nacío entre tinieblaz en el Perchel o en la Triniá, ze noz fila dezeguía, porque tenemoz ángel.

(Todos ríen.)

Laura ¿Y lo llevan tan visible?

Jos. ¿No izen que la cara ez el espejo der arma?

Duque ¿Y usted nació entre tinieblas?

Jos. Háganze cargo zuz merzez. Mi pare era maestro de obra prima, y ziempre que arrematada un par de botiyos tomaba unas pintaz hasta ponerse *mono*; mi mare le reprimía, y entonces, medio en groma, medio en veraz, la daba con el tirapié, disiéndola: «para quéntrez en horma».

Todos (Riéndose.) ¡Ja, ja!

Marq. ¿Y qué la quería decir con eso?

Jos. Toma... que se juera jasiendo a sus coztumbrez. Puz bien, llegó la noche del alumbramiento de mi prezoniya; y mi buen pare con doz comparez ze entretenía en er portal en alumbrarse también con añejo vino provinciano para festejá tan fausto acontesimiento. Mi probesica mare acompañá de una comadrona ze encontraba en la habitasión inmediata dando fuertez alaríos, y ar vé er poco cazo que deya jasía zu marío, ze incorporó en la cama y le llamó ¡borrachón!

Todos ¡Ja, ja, ja!

Jos. Mi pare, que era mu delicao, puntiyoso y conzecuente en zuz proceerez, entró furiozo en la arcoba con su tirapié y empesó a dar tales gorpes aidieztro y ziniestro que las puso verdez y apagó er candí. Las mujeres prorrumpieron en dezaforaos gritos, acudiendo a zocorrerlas loz comenzales y vecinoz. Cuando jisieron luz ze encontraron zorprendíoz con la prezencia der Mecíaz, redentor del guitarreo máz sublime que han conocío los nasíos. ¡Con menda!

Todos (Estruendosas carcajadas.) ¡Ja, ja, ja!

Marq. Esa relación merece unas copas de Kirtch y Jerez de pura cepa. (Se levanta, llama al timbre y aparece el Criado.) Sírvenos unas copas.

Jos. Venga de ahí y estén tranquilos, que por no heredar nada de mi papá, ni siquiera el tirapie.

Duque Conocemos la peregrina historia del nacimiento de Joselillo. ¿Y Mercedes, qué nos cuenta?

Publia (Se acerca al Duque y le ofrece una copa de Kirtch, apoyándose en su hombro y con mucho mimo.) Para

que beba a mi salud y por lo que más le interese.

Marq. (Aproximando otra copa a los labios de Laura y dirigiéndose a ella y aparte.) Porque mis ansias tengan pronto feliz término.

Duque (Pasando una mano por la cintura de Publia, y bebiendo la copa.) Nada me interesa tanto como tú, divina Publia.

Laura (Bebiendo la copa de Kirtch que la da el Marqués y aparte a él.) Veo, Enrique, que eres constante en tus empeños; pero sé discreto.

Jos. (Que está en el velador de la derecha con Mercedes, toma una copa de Jerez y obsequia con otra a ésta, diciéndola aparte.) Turronsito de asúcar, no hemos nozotroz de zer menoz, con la ventaja de que zi elloz cambian de amor, nozotroz zemoz máz conzecuentes que loz amantez de Teruel.

Marq. (Hace una señal al Criado para que se retire.) Ahora oigamos la interesante relación que habrá de hacernos Mercedes.

Mer. Yo no recuerdo ni sé nada de lo que pazó cuando nasí; pero sí de cómo llegué a ser cantaora.

Marq. Para el caso es lo mismo.

Mer. Mi mare, viuda, sin haber espozao, tenía un puezto de pezcao en el mercao de Cádiz; y yo para ayudar a zu venta recorría calles y plasas con una gran sesta a la cabesa pregonando la mercansía; mas cuando ésta era ezcaza al llegar a caza, ya ze zabía, palisa zegura.

Duque ¡Qué barbaridad!

Publia Conozco el paño.

Laura ¡Pobrecita!

Mer. Tendría unos quinse años, cuando una tarde en que apuro zurrarme la badana me había puesto la piel más zuave que la de una anguila, eztando llorando amargamente entró en casa un cabayero y encarándose con mi mare la ijo: «¿Me podría usted isir quién ez la criatura que da esos jipíos y jase ezos gorgoritos tan azmirables?

Marq. ¡Es curioso!

Mer. Mi mare se queó ar pronto sorprendía; pero ze repuso en seguía, y le contestó: «¿Y a osté qué le importa? ¿Se quie quear conmigo?» A lo que contestó el cabayero: «No tengo

tan mal gusto; pero sí buen oío, y me ha llamao la atensión las flesiones de vos y agilidad de garganta de eza niña que para el cante jondo y zentío no tendría presio.» Se echó a reir mi mare y le ijo: «Pero güen hombre, ¿qué canto ni qué jipíos, si está berreando porque la he calentao el cordobán?»

Todos (Riéndose.) ¡Ja, ja, ja!

Mer. Za mozcó er cabayero y gorviendo la ezparda se marchó isiendo: «La curpa la tié er que echa margaritas a puercoz. ¡Qué registroz tan delicaos tiene esa desdichá muchacha!»

Jos. Oye, tú; lo que acabas de isir me ezcama. ¿Cómo zabía él que eran delicaoz tuz registroz?

Mer. No lo zé, pues no me conosía: lo que pueo azegurarte ez que naide, sarvo mi mare m'abía tocao ar pelo... de la ropa.

Todos (Riéndose.) ¡Ja, ja, ja!

Duque ¿Qué pasó después?

Mer. Que mi mare no echó en zaco roto lo ocurrío; ze lo contó a una vesina y ésta noz prezentó a un cantaor muy íntimo suyo, al que paesiéndole muy bien mi vos, me enzeñó, yegando ar poco tiempo a ser una eztreya der arte.

Jos. Es muy modesta; ahora la oirán y ze convenserán de que ez la reina de los aztros nocturnos; la luna en toa zu purízima plenituz.

Mer. No hagan caso, ez muy guazón mi Joselillo.

Jos. Ezcuzo decir a zus mercedes el porvenir que ezpera a ezta maravilloza criatura (señalando a Mercedes) hoy que más que los coletúos, son las bailarinas las que ponen el mingo.

Marq. Y que lo digas muy alto.

Jos. Zin ir máz lejoz er día último de zu beneficio ze llenó el teatro hazta el punto de no zer pozible colocar una paja. El entuziazmo que ze dezpertó fué delirante y eztruendozo. Todoz pedían algo, y un ovacionador entuziazta, creyéndose en er ruedo, pidió que le dieran la oreja.

Duque ¡Pedir es!

Jos. Tan encopetaos eran los aziztentes, que pueztos en fila los automóviles que les condujeron, cubrirían una línia lo menos de veinte kilómetros.

Duque (Riéndose.) Muchos me parecen.

Jos. No le vide, pero me lo dijeron, y lo creí; mas corte Vuecelenzia por donde le parezca, lo que sí puedo asegurar es que con loz ramos de flores que la endilgaron se llenó el camarino, escenario, y hasta loz fozos.

Marq. Por lo visto no dejaron ni una sola flor en toda la región levantina.

Jos. Como que al ziguiente día pa zacarlas hubo nezezidad de ocho camiones.

Marq. ¿Ni uno menos?

Jos. Tiene uzté razón, señó Marquéz. Uno ze empleó en cargar todo el viztuario y atrezo que zacó a ezcena aquella noche.

Duque (Riéndose.) Mucha ropa me parece, Joselillo.

Jos. Poz mire uzté, señó Duque, salió máz ligerita que de coztumbre; y de todo ezto ze ocupó un diario.

Marq. Sería la *Gaceta.*

Jos. Puede; puz no me enteré del rétulo.

Marq. Lo cierto es que hay una pastora que con sus locuaces ojos, simpática sonrisa y contorsiones sicalípticas, ha conquistado un imperio, contando con una corte de emperejiladas damas y almidonados caballeros que tienen a honor el recibirla en sus dorados salones y que para sí quisiera el gran Chamberlán de la India.

Duque Dejando a un lado las ocurrentes exageraciones de Joselillo, émulo del inolvidable Manolito Gázquez, resulta verdaderamente lamentable que los encumbrados que se tienen por cultos, eleven sobre el pavés a ciertas gentes.

Jos. Zeñó Duque, los dizcípulos de Terpsícore zomos también hijos de Dios y herederos de su gracia.

Duque No me opongo, Joselillo; pero todo es relativo, y a cada cual hay que darle lo suyo. El hacer públicamente esos extremos más que correcto es vergonzoso.

Marq. Vamos a ver cómo se portan el Mesías del guitarreo y la reina de las estrellas.

Todos (Riéndose.) ¡Ja, ja, ja!

Jos. (Coge la guitarra y empieza a tocarla.) ¡Venga de ahí, presiosilla!

NOTA. Puede cantar malagueñas, sevillanas, tangos, etcétera, graciosos e intencionados, a gusto del Director de escena, suprimiendo en ese caso los versos que siguen.

Mer. (Poniéndose en pie al lado del velador. Recitado.) La tierra de María Santísima. (Canta.)

La embalsaman naranjos
y limoneros,
y es un jardín de flores
toíto su suelo.
Dice la fama
que no hay joya en el mundo
como la Alhambra.

—

Por bella la escogieron
las gentes moras,
y su poder recuerdan
Granada y Córdoba.
Jaén se llama
la ciudad que conserva
de Dios la cara.

—

Huelva, Almería y Cádiz
son tres edenes,
y Málaga el paraíso
de los placeres.
Pero Sevilla
es la sultana y reina
de Andalucía.

Duque ¡Olé, preciosa, venga de ahí! (Todos aplauden.)

Mer. La copla andaluza. (Canta.)

Del placer que irrita
y el amor que ciega,
escuchad la canción que recoge
la noche morena.
La noche sultana,
la noche andaluza,
que estremece la tierra y la carne
de aroma y lujuria.
Bajo el plenilunio
como lagrimones,
como goterones, sus cálidas notas
llueven los bordones.

Son melancolía
sonora, son ayes
de las otras cuerdas heridas, punzadas,
las notas vibrantes.
Y en el aire, húmedo
de aroma y lujuria,
levanta su vuelo, paloma rafeña,
la copla andaluza.
Dice de ojos negros
y de rojos labios,
de venganza, de olvido, de ausencia,
de amor y de engaño...
Y de desengaño,
de males y bienes,
de esperanzas, de celos... de cosas
de hombres y mujeres.
Y brota en los labios
soberbia y sencilla,
como brotan el agua en la fuente,
la sangre y la herida.
Y allá va la noche,
paloma rafeña,
a decir la verdad a lo lejos,
triste, clara y bella
Del placer que irrita,
y el amor que ciega,
escuchad la canción que recoge
la noche morena.

Todos (Aplauden.) ¡Bravo, bien, otra!

Mer. Hombres necios que acusais
a la mujer sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpais.
¿Cuál mayor culpa ha tenido
en una pasión errada,
la que cae de rogada
o el que ruega de caído?
¿O cuál es más de culpar
aunque cualquiera mal haga,
la que peca por la paga
o el paga por pecar?
Pues, ¿para qué os espantais
de la culpa que teneis?
Queredlas cual las haceis
y hacedlas cual las buscais.

— -

Duque Super; venga el final.

Mer. Suspiros que de mí salgan
y otros que de ti vendrán,
si en el camino se encuentran
¡qué de cosas se dirán!

NOTA. «La copla andaluza» es original del inspiradísimo vate andaluz don Manuel Machado.

Laura ¡Muy bien, admirable!

Publia (Aplaudiendo.) ¡Bravo! (Va a felicitar a Mercedes.)

Marq. (Aplaudiendo.) ¡Superior! (Se levanta y va a felicitar a Joselillo y Mercedes.)

Publia (Aparte al Duque.) Quiero que de mi copa tome un sorbito; deseo adivinar su pensamiento por si coincide con el mío.

Duque (Volviéndose a sentar al lado de Publia y aparte.) ¿Quién no complace a la insinuante y bellísima *fratella?*

Marq. (Sentándose de nuevo al lado de Laura, junto al velador del centro y aparte.) Mi vida diera por poder llevar mis labios a los tuyos como llevo esta copa. (La da a beber.)

Laura Si tu posición lo permitiera...

Marq. ¡Qué egoísta eres!, todo lo traduces en billetes de Banco.

Laura Son por lo menos de más valor que vuestras palabras.

Marq. ¿Dudas de las mías?

Laura No; desconfío de su cumplimiento.

Duque (Alto.) Venga la segunda parte bailable.

Marq. (Se levanta y se dirige a Publia a quien coge de la mano para llevarla al piano.) Antes oiremos a Publia, la famosa partiquina del teatro Real, llamada pronto a escalar el pináculo de la gloria. (La lleva al piano.)

Mer. (Aparte a Joselillo.) Chico, ¿qué es eso de *quina?*; a mí me la dieron cuando tuve calenturaz y me zupo muy mal.

Jos. (Riéndose.) Puez ezta te zabrá muy bien, escucha.

Duque (Levantándose y dirigiéndose al piano.) Silencio y atención.

Publia (Comienza haciendo arpegios y se acompaña una romanza en italiano, que es muy aplaudida por todos. Puede elegirla el director de orquesta.)

Duque (Felicitando calurosamente a Publia.) ¡Magnífico! Desde aquí al cielo.

Laura (Que se ha levantado a felicitar a Publia al ver el en-

tusiasmo del Duque se retira y dice aparte.) Ya esto va siendo demasiado; el Duque está fuera de sí con la tal Publia, y voy perdiendo la paciencia. (Llamándole.) Ricardo.

Duque (Yendo hacia Laura.) ¿Qué quereis, ídolo mío?

Laura Nadie lo diría; desde que hemos venido no te acuerdas de que existo.

Duque (Aparte a Laura.) Los deberes sociales... hay que hacer los honores a la beneficiada.

Laura Todo es compatible; pero está visto que tu cariño es como el de otros muchos; los labios llenos de frases y el corazón vacío. (Se quedan hablando por lo bajo.)

Marq. (A Publia aparte.) Ya empiezan los celos; pero todo marcha bien, las copas menudean y tú estás a una altura colosal.

Publia Estamos empezando; confío en el éxito.

Marq. (Se levanta haciéndolo a la vez Publia.) Canta otra piecesita, y luego al baile.

Publia Con permiso de ustedes. (Dirigiéndose a todos.) Voy a permitirme molestarle otro ratito. (Se aproxima al centro proscenio y acompañada de la orquesta canta y baila unos couplés picarescos en italiano, francés o español de los más en moda.)

Todos (Se levantan y la felicitan.)

Duque (Con gran alegría.) ¡Qué intención; qué gracia; es un encanto escucharla!
(La coge del brazo y la lleva al velador de la izquierda, sentándose él a su lado.)

Publia (Aparte al Duque.) Tu presencia me inspira; pero te ruego no te aproximes demasiado, porque Laura parece estar celosilla y no quisiera...

Duque Noñerías: sobre todo, yo soy árbitro de mi voluntad, como ella lo es de la suya.

Publia Cierto; pero sentiría que mi inclinación hacia ti, que no puedo contrariar, te originase algún disgusto. También Enrique parece molestado; mas soy dueña de mis acciones y no me contraría, pues en último caso sé sacrifiarme en aras de mis deseos. (Se quedan hablando bajo.)

Marq. (Que está sentado cerca del velador del centro con Laura, la dice aparte.) Por lo que veo estás celosa; ¡dichoso Ricardo que tanto ha logrado interesarte!

Laura Estás es un error, Enrique. Me interesa del Duque, lo que personalmente me afecta;

pero tengo mucho amor propio y hasta ahora ninguna mujer ha logrado suplantarme

Marq. Por mi desdicha; más ya te irás convenciendo que ningún hombre en el mundo te amará cual te amo yo.

Laura (Riéndose.) ¿A pesar de Publia?

Marq. Ya sabes que todo lo sacrificaría en holocausto tuyo. (Se quedan hablando por lo bajo.)

Jos. (Que ha estado hablando también por lo bajo con Mercedes, sentados cerca del velador de la derecha, coge la guitarra que empieza a templar y dice alto:) Cabayeros y señoraz, ¿empieza el baile?

Marq. (Alto.) Antes de bailar, si les parece bien, tomaremos un bocadillo. (Se levanta y va a tocar al timbre.)

Duque No me parece mal, porque este Kirstch endiablado se va subiendo a la cabeza.

Criado ¿Qué se ofrece, señor Marqués?

Marq. Que nos sirvas emparedados, pastas y dulces.

Criado (Se dirige a la mesa, coge tres bandejas de plata en cada una de las cuales habrá pequeñas porciones de lo indicado, sirviéndolas en los veladores respectivos. Dirigiéndose al Marqués, dice:) ¿Se ofrece algo más al señor Marqués?

Marq. Por ahora no (Se retira el Criado.)

Jos. (Alto.) No viene mal ezte refuerso, que aunque zea una golozina, todo lo que endurza er cuerpo es ziempre grato. (Coge una pera en dulce y se la da a Mercedes.) Toma ezta perita ezcarchá que tanto te gusta.

Mer. (Alto.) ¡Zalamero! (Dándole una yema.) Aquí tienez una yema acaramelá. (Se quedan hablando.)

Duque (Aparte a Publia.) ¿No notas, mi sílfide, que mis ojos despiden chispas? (La coge una mano.)

Publia (Aparte al Duque.) Son efluvios de amor a los que yo correspondo.

Duque Los vapores del Kirtch, tu voz celestial, tus miradas embriagadoras y tus placenteras frases, me hacen soñar con un edén de dichas, olvidando amistad y consecuencia.

Publia ¿Qué mujer no se rinde ante tu galantería, gallarda figura, ingenio admirable y caballerosidad sin límites? A mi vez siento que Enrique no llena las necesidades de mi alma, y llevada del amor que tú me infundes, llego en mi desvarío hasta olvidarme de tus compromisos con Laura.

Duque (Le da a probar una copa de licor, bebiéndose el resto.) Tus labios rojos me brindan ambrosía; bebamos y reconcentremcs nuestro pensamiento en nuestros mutuos afectos y dichas futuras.

Publia ¡Qué feliz me haces, Ricardo!

Duque Me siento inspirado como nunca a tu lado. (Se quedan hablando por lo bajo.)

Marq. (Aparte a Laura.) ¡Laura amada! No cambio esta noche por todas las que puedan restar a mi existencia, y, sin embargo, sé que tu pasión por el Duque...

Laura ¡Mi pasión por el Duque! Qué poco me conoces, Enrique: le quiero como él me quiere; soy para él un entretenimiento, un objeto de lujo, el figurín de moda, y se hace preciso que el opulento Duque, que pasa por un hombre de mundo, de buen gusto y espléndido, luzca una presea más.

Marq. Pues entonces no comprendo tu esquivez, constándote lo enamorado que estoy.

Laura ¡Ja, ja, ja! ¿Tú enamorado? Como todos: la satisfacción de un deseo, un capricho.

Marq. Luego tú, Laura de mi vida, ¿crees que el amor no existe?

Laura ¿Cómo he de pensar eso si he sido su víctima propiciatoria? Mas sé que se ama una vez, una tan solo.

Marq. Insisto en creer que no sabes lo que es amor.

Laura (Excitada y alto.) ¿Que no sé lo que es amor? ¡Ojalá nunca lo hubiera sabido! (Atención por parte de todos.)

Duque (Irónicamente.) ¿A que va a resultar que estás perdidamente enamorada de mí sin darme de ello cuenta?

Laura Sabes que soy refractaria a la mentira; quizás me estimas por mi ingenuidad.

Marq. Sepamos cuál fué su envidiado amante.

Publia Confesión general y absolución previa.

Laura (Excitada por la bebida.) Contaba diecisiete primaveras; frecuentaba mi casa un joven de veinte, hijo de una viuda que vivía en la contigua; el trato engendra cariño y nos lo teníamos sin otro alcance, limitado a una buena y sencilla amistad.

Duque No empieza mal la novela.

Laura La triste historia, querrás decir. Un día

una prima mía me habló con gran calor y entusiasmo de Pablo, que así se llamaba mi amigo, y sus palabras iban sensiblemente produciendo en mi ánimo el efecto del que encontrándose en completa obscuridad, fuera poco a poco vislumbrando la luz del astro del día hasta llegar a contemplarlo en toda su plenitud y grandiosidad, mas a la vez sentía espasmos por un dolor intenso que me llegaba al alma, anhelando, sin embargo, escuchar aquellas para mí divinas revelaciones.

Marq. Vamos, así como un agridulce.

Laura Cuando después ví a Pablo, estaba sola, y llevada de una curiosidad hasta entonces no sentida, me fijé en su semblante, ávida de corroborar el juicio de mi prima; a su vez él, sorprendiéndole sin duda mi extraño proceder, me dirigió miradas investigadoras; nuestros ojos se encontraron frente a frente, estableciéndose una corriente indescriptible; por los míos, dilatados en extremo, penetró un flúido magnético subyugador que cautivó mi voluntad y mi albedrío, y a su influjo caí en sus brazos; nuestras bocas se unieron confundiéndose los cálidos alientos; mi sangre acelerada hizo palpitar mi corazón con desusada violencia; su cuerpo ardiente penetraba en el mío al oprimirme con fuerza irresistible; un letargo embriagador se apoderó de mí y perdí la noción de la existencia.

Marq. Nos haces estremecer... de envidia hacia el afortunado Pablo. Toma una copita que veo que el Kirtch te pone elocuente en sumo grado. (Le da una copa que toma Laura.)

Duque Todos los tontos son afortunados.

Jos. Convengamos, zeñor Duque, que en aquella ocasión no demostró zerlo el tal Pablo.

Publia Sigue tu interesante narración, pues supongo tendrá una segunda parte.

Laura Transcurrieron siete meses en que nuestros deliquios amorosos habían debilitado nuestra materia vigorizando nuestro espíritu. (Pausa.) Una tarde noté con harta pena que Pablo esquivaba mis caricias mostrándose hasta uraño; le acosé a preguntas tomando a falta de salud su inesperada y agobiante

indiferencia, mas sus contestaciones me hicieron recelar que otras causas más hondas motivaban su inexplicable actitud; lloré y mis lágrimas le conmovieron por el momento; pero por nuestras posteriores entrevistas pude cerciorarme, ¡ay de mi!, que mis encantos no ejercían sobre él encantamiento alguno, aumentándose con esto mis torturas y sufrimientos. (Pausa.) Le esperaba una noche con anhelos indescriptibles, juzgando haber dado de nuevo con el talismán para rendirle a mi devoción, cuando me encontré sorprendida con una carta anónima que decía: «No esperes a Pablo; se ha marchado esta tarde a casarse con una parienta rica; boda de familia. Eres sobradamente hermosa para que dejes de encontrar pronto quien te consuele.»

Duque Vamos, el mozo se despidió a la francesa

Jos. Paréceme a mí que fué a la turca.

Publia Lo de todos.

Marq. Hay excepciones.

Mer. Pué..

Laura Su lectura trastornó mi cerebro. (Se pone en pie y dice y acciona en tono trágico.) La estrujé entre mis crispadas manos; sentí toda mi sangre afluir a la cabeza; mis pómulos debieron de puro rojos ponerse cárdenos; mis ojos exaltados se salían de las órbitas dirigiendo miradas errantes e iracundas; mi boca se contrajo; mis dientes, castañeteando, producían sonidos estridentes y temerosos; mis nervios y músculos adquirieron una rigidez acerada; mis dedos tomaron formas curvilíneas como las uñas de águila o zarpas de tigre; la fiera humana con sus instintos sanguinarios y crueles jamás pudo tener expresión más adecuada. Si en aquel instante se me hubiera presentado Pablo, fibra a fibra hubiera desgarrado su vestidura carnal, destrozado sus entrañas y bebido su sangre; el ángel se había transformado en el más infernal demonio. (Cae sentada en una silla enjugándose unas lágrimas con el pañuelo. Ligera pausa.)

Duque ¿Te pones enferma? Veo que el Kirtch va produciéndote demasiada excitación.

Marq. (Que se ha levantado y la trae de la mesa un vaso de

agua.) Cálmese, Laura, y no continúe narración tan deplorable.

Publia — Si quieres entrar dentro a descansar, yo te acompañaré.

Laura — No, preciso concluir; es para mí un desahogo del alma: cuando llegué al paroxismo, caí desvanecida al suelo; las fuentes del llanto inundaron mis mejillas y desgarradores ayes trajeron a mi lado a mis buenos padres. En vano trataron con sus consoladoras frases devolverme el sosiego y la razón, pues enfermé con incesantes delirios, hasta el punto de temer que el desvarío me llevara a la locura y que la guadaña de la muerte segara en flor mi existencia; ¡ojalá!, pero no lo quiso así la Providencia; mas mi amor murió y seguramente no renacerá cual el ave fénix de sus cenizas. (Deja caer la cabeza sobre los brazos que tiene apoyados en la mesa velador y mientras hablan los demás personajes se pasa de vez en cuando las manos por la cara y cabeza, despeinándose sin que se perciba en lo posible el público.)

Marq. — ¡Admirable Laura! (Dándola una copa de licor.) Toma otra copita para vigorizar tu decaído espíritu.

Mer. — (Que ha estado enjugándose las lágrimas durante la última relación de Laura.) Me he conmovío hasta jaser pucheroz; hay muchoz granujaz que debían estar en presidio. (Dirigiéndose a Josellllo.) Si tú me hisieras una charraná como eza, a bocaoz te comía pa yevarte dentro der buche conmigo al otro barrio.

Todos — (Riéndose menos Laura.) ¡Ja, ja, ja!

Jos. — Chiquiya, ¿no tendríaz compazión de tu adorao tormento?

Mer. — ¿La teneiz vozotroz por ventura de nozotraz? Vaya, no quiero penzarlo...

Duque — (Al Marqués.) Tú eres previsor, y, sin embargo, se te ha olvidado una cosa esencial esta noche; amoniaco y tila, mucha tila. No has tenido en cuenta que el Kirtch es un excitante de primera fuerza y yo siento que mi *testa* se marcha de los hombros.

Publia — (Dando una copa al Duque.) Un clavo saca otro clavo; bebamos, que la vida hay que pasarla a tragos; unos dulces, otros amargos. (Beben.)

Laura — (Levantándose de repente con el pelo caído y con risa

histérica.) ¡Ja, ja, ja!... (Trata de andar y lo hace cual si estuviera beoda.) Amor... amistad... felicidad... palabras vanas... ¡Ja, ja, ja!... ¿No es cierto (Tartamudeando.) que mis pasadas desventuras os han hecho gracia? Remuchísima gracia... ¡Ja, ja!... ¿No os reís? (Se sienta de golpe en una silla cerca de otro velador. Agitada y convulsa se echa las manos a la garganta.) Agua, Enrique, más agua, que me ahogo. (Todos se levantan y la rodean. El Marqués va a su mesa a por un vaso de agua que la lleva.)

Publia (Sosteniéndola en sus brazos.) ¿Qué te pasa, Laura?

Duque ¡Vida mía! ¿Qué sientes?

Mer. El recuerdo de aquel picaronaso.

Jos. Ná; que a laz mujerez hay que templarlaz como a laz guitarraz pa que suenen bien y no se laz suerte arguna cuerda.

Laura (Bebiendo un poco de agua y pasándose el pañuelo por la cara dando un suspiro.) ¡Ay!... el estómago... la cabeza... todo da vueltas a mi alrededor; me siento mala, muy mala.

Marq. Publia, llévate a Laura al tocador, que la sirvan en seguida una taza bien cargada de café y si se sintiera peor, que no lo espero, acostadla. (Publia y el Duque en quienes se apoya Laura la acompañan haciendo mutis por la puerta de la izquierda.)

ESCENA V

MARQUÉS, JOSELILLO y MERCEDES

Jos. (Al Marqués.) Se nos aguó la fiesta.

Marq. (Aparte a Joselillo.) No lo creas, esto marcha a pedir de boca; el Duque no tardará en experimentar efectos análogos.

Mer. (Dirigiéndose a Joselillo.) Probe zeñorita, ponerse ahora enferma. ¿Zerá coza de cuidiao?

Jos. (Cogiendo la guitarra de encima del piano.) No te apurez por ezo, zerrana de miz entretelaz; lo que tié la zeñorita Laura ez una papalina que no ze la pué lamer.

ESCENA VI

DICHOS y el DUQUE

Marq. ¿Habeis dejado a Laura bien asistida?

Duque (Dando algún ligero traspiés) Sí, allí se han quedado acompañándola Publia, tu cocinera y el ayuda de cámara; tiene grandes náuseas y si logra arrojar se quedará como un reloj.

Jos. Vamoz a ver, zeñor Duque, ¿ze arma baile o noz ponemoz a rezar el rozario?

Duque Nunca mejor que ahora en que no están ni Laura ni Publia para ver hasta dónde llega en sus movimientos sicalípticos la salerosa Mercedes, bailando un kake-vall por todo lo alto.

Jos. (Templando la guitarra.) Venga de ahí y veamoz la planta torera del zeñor Duque.

Marq. (A Joselillo.) ¿Sabes acompañar este baile?

Jos. ¿Qué no sabré yo? (Retira los veladores y empieza a tocar.)

Duque (Se recoge los faldones del frac y con Mercedes al frente, en primer término.) Veamos cómo mueves esos pinreles.

Marq. Bien por los buenos mozos que saben dar a cada uno lo suyo en tiempo y sazón.

Jos. Rompan el fuego.

Mer. Ya ze me van las piernas.

Duque Y a mí la cabeza; pero empecemos. (Da unos cuantos pasos de baile con Mercedes, grotescamente, y hace como que tropieza y va a caerse, cogiéndole ella en sus brazos.)

Marq. (Riéndose.) ¡Ja, ja, ja!

Jos. Ezo se llama caer en blando.

Mer. Esta figura la desconosía, zeñor Duque...

Duque (Dando traspiés se sienta en una silla.) Tengo una flojedad en los piés de que no acierto a darme cuenta. (Apoya la cabeza en un brazo y éste en el velador más inmediato.)

Mer. (Se acerca al velador, echa una copa de Kirtch y se la da.) Tome osté esta copita a zu zalud y a la mía; ezo ez debiliá, vera como con ezte ezpesífico ze le fortifican loz niervoz.

Duque (Bebiendo.) ¡Oh! Este es el licor de los dioses, le hace a uno soñar con el paraíso... Se me cierran los ojos. (Se queda adormilado.)

Jos. (Riéndose.) Claro eztá, para zoñar hay que eztar duermez.

Marq. (Se acerca a la puerta de la izquierda llamando.) Publia.

Mer. Ze nos duerme el Duque.

Jos. (Haciendo una seña al Marqués.) ¿No le paece que er aire der jardín?...

ESCENA VII

DICHOS y PUBLIA

Publia (Entrando por la puerta izquierda y dirigiéndose al Marqués.) ¿Qué ocurre?

Marq. (Aparte a Publia.) ¿Cómo sigue Laura?

Publia Bien. Ha devuelto los líquidos y con el olor de las sales ha recobrado el sentido.

Marq. Pues en seguida da el brazo al Duque y al jardín; poneos los abrigos y en marcha. (Llama al timbre.)

Publia (Acercándose al Duque a quien levanta ayudada de Joselillo, y coge del brazo.) Vamos a respirar el aire del jardín y verás cómo se te pasa este ligero aplanamiento, Ricardo mío.

Duque (Levantándose trabajosamente.) Es la embriaguez del amor, Publia. Tú eres la reina de la fiesta; contigo al fin del mundo... (Con gran dificultad y dando traspiés salen por la puerta de la derecha, el Duque, sostenido por cada brazo por Publia y Mercedes.)

ESCENA VIII

MARQUÉS, JOSELILLO y luego el CRIADO

Criado ¿Qué se le ofrece al señor Marqués?

Marq. Sin pérdida de tiempo, y haciendo el menor ruido posible, que el automóvil se sitúe en la puerta del jardín. De lo demás tú te encargarás.

Criado Al momento. (Sale por la puerta derecha.)

Jos. Me parece, Enrique, que no tendrás queja de nuestros procederes.

Marq. Estoy satisfecho, pero la pronta reposición de Laura me preocupa.

Jos. ¿Pues no está en estado de *filosera* como el Duque?

Marq. Me acaba de decir Publia que se ha despejado y no sé por qué registro saldrá.

Jos. ¡Por peteneras! Pero tú tienes sobrado talento para llevarla a un dúo de tango.

Marq. El tiempo es oro, según dicen los ingleses; embarca la gente, déjala en puerto de salvación y mañana te espero a almorzar conmigo para cambiar impresiones.

Jos. (Dándole un abrazo.) Que el dios Cupido logre con sus amorosas flechas traspasar el corazón de Laura, presidiendo vuestro nocturno la diosa Venus. (Vase puerta derecha.)

ESCENA IX

MARQUÉS, y después CRIADO

Marq. (Paseándose y fumando un cigarrillo.) El problema está resuelto en principio; por eliminación hemos quedado reducidos a Laura y yo; sin embargo, fáltame lo esencial en esta operareción de pasional interés: descubrir la incógnita. Anhelo y temo a la vez el encuentro con Laura y la explicación de nuestra dual soledad; desearía en estos momentos ser un eminente actor para subyugarla con mi acción y elocuencia. No sé qué hacer, si ir donde se encuentra o esperarla aquí... Creo más conveniente esto último.

Criado (Entrando por la puerta de la derecha.) Señor Marqués, ya han partido todos sin novedad: ¿Se le ofrece alguna otra cosa?

Marq. ¡Respiro! Entérate de cómo está la señorita Laura, y si como creo, se encuentra más repuesta, dí a Paca que la insinúe la conveniencia de que venga aquí para concluir de despejarse en el jardín.

Criado Será servido. (Sale puerta izquierda.)

Marq. Ahora cara triste, honda preocupación y .. Nada hay que impulse más a la mujer a tomar enérgicas resoluciones que el amor propio ofendido. (Escucha a la puerta y se sienta al lado del velador del centro, apoyando la cabeza entre las manos.) Adoptemos una posición adecuada, pues siento se aproxima la que habrá de ser mi víctima o mi verdugo.

ESCENA X

MARQUÉS y CRIADO

Criado (Entrando azorado.) Señor Marqués, el Vizconde de la Enramada que viene preguntando por el señor Duque, quiere entrar a todo trance.

Marq. (Poniéndose en pie rápidamente.) ¡Por vida del... ¿No te tengo dicho que no estaba en casa para nadie?

Criado Sí, señor, y poco menos que me ha atropellado, añadiendo que le consta de ciencia cierta que estaba usía y el señor Duque, por lo que no se iría sin verles.

Marq. (Aparte.) Toda mi labor la va a deshacer en un instante ese majadero. En fin, veamos qué es lo que desea. (Alto.) Dile que pase. Y a Paca que evite a todo trance venga aquí la señorita Laura hasta que se vaya el Vizconde.

Criado Al momento. (Hace una reverencia y se retira.)

ESCENA XI

MARQUÉS y luego el VIZCONDE

Marq. Cuando menos lo esperaba surge este desagradable incidente. ¿Por qué pretenderá ver a su pariente el Duque a estas horas? ¿Cómo se ha enterado de que estaba aquí? (Pausa.) Hay que tomar enérgicas resoluciones: o lo emborracho con el Kirtch o lo encierro en la bodega; a mí no me nubla la noche con sus impertinencias ese tipo.

Viz. (Entrando por la puerta de la izquierda.) Querido Marqués, ¿tú aquí tan solo? Pues ¿y el Duque?

Marq. Hace un rato que se marchó. Mas, ¿cómo has averiguado que estaba en mi casa?

Viz. (Reparando en las botellas que hay en los veladores.) ¿De juerguecita, eh? No dais participación a los buenos amigos. Me he enterado de su presencia aquí muy fácilmente. Fui a ver a

Ricardo y me dijeron que no estaba, y como es natural, supuse que a estas horas un palomo enamorado estaría en el nido de su amada y me fuí a casa de Laura. Allí supe que ni uno ni otro estaban, y tanto insistí por averiguar su paradero cerca de la doncella, que logré me manifestase la parecía haber oído que venían a tu hotel. En posesión de tan precioso dato, corrí y metime presuroso en una desvencijada berlina que ni en época de Mari-Castaña hubiera sido tolerada, la cual iba tirada por un penco lesionado en una pata delantera que iba haciendo más reverentes contorsiones que mayordomo de real casa; así es que llegué a tu hotel aburrido e impaciente; pregunté al sereno, sabiendo por éste que había visto descender de un coche una pareja y poco después otra de un automóvil; ya no me cupo duda y por eso mi insistencia de entrar.

Marq. A pesar de haberte puesto en berlina, has demostrado tener más vientos que un podenco y más perspicacia que un policía al uso. Sentémonos y toma un cigarrillo y una copa de Kirtch. (Le sirve una copa.)

Viz. (Tomando el cigarrillo que enciende y bebiéndose la copa.) Gracias, Enrique. Acabas de darme una feliz idea. La ocupación de policía secreta o detective no me disgustaría.

Marq. Ten en cuenta que suelen ser secretos para todos los que no les interesa saber lo que son.

Vic. Precisamente por eso tiene para mí más atractivo... Lo pensaré. Ahora bien, necesito me digas dónde podré encontrar al Duque, pues me urge verlo.

Marq. Siento no poder complacerte, porque lo ignoro, mas, ¿que su cede para tanto apremio?

Viz. Es cosa mía, a ti te lo puede decir: un gran compromiso de honor. Vengo del Casino donde he perdido quinientas pesetas, permitiéndome jugar otras tantas *de boquilla*, que han seguido el mismo camino, y como he ofrecido solemnemente pagarlas esta misma noche, necesito que el Duque me saque de tan serio compromiso.

Marq. (Aparte.) No hay remedio, un sacrificio más. (Alto.) Si no es más que eso, toma. (Saca una

cartera del bolsillo del frac y de ella un billete del Banco, que le entrega.)

Viz. ¡Eres mi providencia! No sé cómo pagarte... Dispensa la molestia y que seas muy dichoso. Tan pronto como esté en fondos cumpliré contigo. (Se encamina a la puerta de la izquierda seguido del Marqués.) Hasta mañana, *perínclito* inglés.

Marq. Que las rampantes Aguilas te sean propicias, iluso teutón.

Viz. Ya no pretendo más que la paz, y como Dios está conmigo, cuento con ella.

Marq. Por si acaso, no te fíes, que a veces suele salir el tiro por la culata. (Le despide desde la puerta izquierda.)

ESCENA XII

MARQUÉS, solo

(Se dirige al piano y se apoya en él pensativo.) Estoy que no me llega la camisa al cuerpo; en un tris ha estado que la visita de ese *perdis* no haya hecho fracasar todas mis combinaciones. Felizmente, ha terminado mucho mejor de lo que esperaba. (Viendo entrar a Laura y aparte.) Aquí está Laura; disimulemos...

ESCENA ULTIMA

MARQUES y LAURA

Laura (Entrando por la puerta de la izquierda.) ¡Qué silencio! ¿Si estarán en el jardín? (Reparando en el Marqués y dirigiéndose a él.) ¿Tú aquí tan solo? ¿Qué te sucede? ¿Ha pasado algo extraordinario? Te encuentro triste...

Marq. (Levantando la cabeza.) Celebro en el alma verte repuesta, Laura. (La coge la mano y dice con tono lastimero.) Mas no sé cómo darte cuenta del proceder inaudito de los que estimábamos leales en el querer.

Laura ¿Qué te ocurre? Habla sin rodeos.

Marq. Lo que no puedes figurarte. En lo que a mí respecta, fuera del dolor que produce todo desengaño, me alegro; pero en lo que a ti

concierne, que es lo que más me interesa me tiene fuera de mí y sin acertar con la determinación que ha de adoptarse.

Laura (Retirando la mano que le cogió el Marqués.) No me hagas padecer; acaba.

Marq. Fuí al despacho a recoger unos vegueros y cuando volví me encontré con la ingrata sorpresa de que el Duque y Publia habían marchado en automóvil, juntamente con Joselillo y Mercedes. (Con gran energía.) Ni aun como broma, que resultaría demasiado pesada, puedo consentirlo.

Laura (Que está apoyada en el velador con la mano izquierda, se echa la otra a la cara, exclamando.) ¡Infames! (Cayendo desmayada en brazos del Marqués.)

Marq. Desmayada... Todo llega, ¡usted es mía! ¡Ya es mía! (Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Decoración: Salón lujosamente decorado y amueblado; un gran velador con objetos artísticos en el centro del lateral izquierda. De frente, un largo sofá con butacas a los lados. Puertas a derecha e izquierda.

ESCENA PRIMERA

EL CONDE y JULIO

Conde Felizmente esperamos hoy que el médico dé el alta definitiva a tu padre, pues nos dijo ayer que le autorizaría ya para salir de casa,

Julio Sí; pero desgraciadamente con la pérdida del ojo izquierdo; mas no ha de quedar impune el autor de su deplorable estado.

Conde ¿Que te propones?

Julio Cumplir con un deber que usted y otros allegados parientes no han tenido en cuenta. En mi padre ha sido ultrajado, como jefe de la familia, el nombre glorioso de los Alburas, del más linajudo y rancio abolengo, y ninguno a quienes afecta, han vuelto por el honor de la estirpe.

Conde Muchacho, estás loco; ponerme yo a mis años frente a frente del Marqués que mata un mosquito de un balazo y corta a su placer una oreja, cuando no salta un ojo, como ha hecho con mi querido sobrino; no, hijo, no; comprendo los respetos que debemos a la memoria de nuestros antepasados que nos

legaron blasones tan esclarecidos; pero no hasta el punto de exponernos a que nos desfiguren el físico o perder la vida. Además, en lances de honor no cabe la revancha ni la suplantación.

Julio — Sobre todo cuando se impone el miedo. Pongo en su conocimiento que durante la dolencia de mi padre, he estado adiestrándome en el manejo de las armas y muy pronto haré entender al Marqués que no se ha concluído la raza de los Alburas, en un tiempo invencibles.

Conde — Me entusiasma oirte y verte tan exaltado, pues tus pocos años justifican la vehemencia; pero tu intento es pueril, y por tanto vano: te falta ante todo personalidad para realizar tu propósito.

Julio — No me explico por qué; tengo ya diez y ocho años y soy bachiller.

Conde — (Riéndose.) Con todas esas circunstancias no encontrarás padrinos.

Julio — ¿De suerte que no puedo vengar los ultrajes inferidos a mi padre?... Lo veremos. (Se marcha molestado por la puerta de la derecha, foro.)

ESCENA II

El CONDE, solo

(Paseándose.) La misma obsesión de su padre, sin hacerse cargo de que ya nuestros títulos nobiliarios no visten sino al que tiene ropa, ni sirven más que para exhibir escudos de armas y cubrir con galoneadas casacas a nuestros domésticos. Hoy los adinerados los obtienen a la sombra de la religión o de la política, del Papado o de los Gobiernos, y aunque su origen sea plebeyo, no cabe motejarlos de aristocracia *ful* después de lo consignado en el celebérrimo Códice «El tizón de la nobleza», escrito al decir de los historiadores, por uno de nuestros más eminentes cardenales de recuerdo imperecedero.

ESCENA III

CONDE y DON JUSTO

Justo Buenos días, señor Conde.

Conde Bien venido, mi estimado don Justo. ¿Sabe usted si ha llegado ya el doctor?

Justo No tardará. (Consultando el reloj.) Las diez, que es su hora de visita.

Conde ¿Conoce usted las grandes novedades que tenemos?

Justo Ignoro...

Conde ¿No ha visto a Julito?

Justo En este momento le encontré que iba al despacho. Me ha parecido hallarle preocupado, pero nada me ha dicho.

Conde Pues el diablo del muchacho está resuelto, según las trazas, nada menos que a batirse.

Justo Señor Conde. Usted siempre de tan buen humor.

Conde Me explico su repugnancia a creer lo que acabo de exponerle y, sin embargo, nada hay más cierto.

Justo Sería una locura, disculpable tan sólo por sus pocos años. ¿Y se puede saber con quién?

Conde Hace un instante me daba cuenta en este mismo sitio de su resolución firmísima de batirse con el Marqués del Tirol; por cierto, que nos frageló de lo lindo a los parientes por no haberlo ya realizado, vengando así el agravio, ofensa y daño causado a su padre.

Justo Ahora me hago cargo del entusiasmo, constancia y aplicación con que en este tiempo ha estado dedicándose a la esgrima y a tirar al blanco.

Conde Eso me ha dicho: que pronto se encontrará en condiciones de medir su destreza con el Marqués.

Justo Como usted comprende, eso es una temeridad imposible de consentir.

Conde Entendiéndolo así le he hecho prudentes observaciones, que lejos de aplacarle, le han enojado hasta el extremo de irse de mal talante. Si usted, con su autoridad, no logra

disuadirle antes de que se enteren mis sobrinos, nos dará un soberano disgusto.

Justo Julio, es a pesar de sus pocos años, todo un carácter; mas es instruído y reflexivo. Confío, por tanto, en que se hará cargo de las razones que le exponga para que desista de su desatentado empeño.

Conde Así lo espero, pues en otro caso daría nuevo pábulo al escándalo, y sin darse cuenta, queriendo velar por el prestigio de su casa, produciría efectos contraproducentes. Son contadas las personas que se han percatado del verdadero origen del desafío y a todo trance conviene hacer absoluto silencio sobre lo pasado.

Justo ¿No fué la causa el haber contestado agriamente el Marqués al señor Duque en una acalorada discusión que sostuvieron, dando lugar a que mi señor levantara la mano?

Conde Esa es la novela que para dejar a salvo el buen concepto de ambos se inventó; pero, padrino en el lance, he obtenido algunos pormenores que a usted, persona de nuestra intimidad y confianza, no debo ocultar y menos, dado el desagradable e inesperado incidente que acaba de surgir.

Justo Si le he de ser a usted franco, recelaba que no era toda la verdad lo propalado; pero como mi deber es ver, oir y callar, abstúveme de hacer comentarios...

Conde Amigo don Justo, siempre hay en todo lo dramático, por lo menos, *una ella*, y en este han sido dos.

Justo Lo que yo me temía; varias veces me he permitido advertir al señor Duque que la tal Laura le originaría muchos disgustos; pero ¿qué quiere usted? Las más viriles energías y aun cerebros privilegiados rinden vasallaje a las beldades altaneras.

Conde En efecto, ha acertado usted con una; la otra ha sido la querida del Marqués. Una italiana llamada Publia, no sé si será nombre de guerra, que si no es de origen florentino, merece serlo.

Justo Unas veces inconscientemente y otras con plena conciencia, caemos en la tentación de pecar y pecamos; lo que prueba que la experiencia, ciencia de la vida, nos aprovecha

poco. Pero sepamos. ¿Qué conexión existía entre las dos mujeres en este malhadado asunto?

Conde Dada la amistad de mi primo con el Marqués supondrá usted que correrían juntos algunas juergas en compañía de sus respectivas *demi mondaine*. En estas alegres reuniones parece ser que Enrique se había prendado de Laura; pero ésta, a quien domina más la cabeza que el capricho, aun siéndole simpático, no se prestó a sus seducciones, mostrándose poco propicia a cambiar los doblones del Duque por las pesetas del Marqués.

Justo Conozco lo que pasa en el presupuesto del señor duque y comprendo su proceder de no ser lerda.

Conde Pensando Enrique cómo burlarle la dama a su confiado amigo Ricardo, de acuerdo con la aventurera Publia, que pronto se percató de que nada perdía en el cambio, la invitaron a una fiesta el día del santo de esta última en el hotel de Enrique: lo que allí ocurrió no lo dicen las crónicas; ello fué que al día siguiente, Ricardo, que por lo visto perdió la noción de su personalidad, se halló en el hotelito de Publia cariñosamente asistido por ella.

Justo Claro se ve el juego; Laura se encontraría al lado de Enrique.

Conde Así fué en efecto. Cuando mi primo se hizo cargo de lo sucedido, su indignación al verse engañado no tuvo límites. Buscó a Enrique y le abofeteó. El final de tan peregrina historia, usted le conoce.

Justo Comprendo cuanto acaba de exponerme y me explico el procedimiento seguido. Conociendo estos hechos no es posible tolerar que Julio cometa la más mínima inconveniencia. Como usted dice muy bien no debemos ni podemos volver la vista a los acontecimientos pasados.

Conde Eso es lo discreto.

Justo ¡Quién había de decir al señor Duque que iba a estar a punto de perder su existencia a manos de su íntimo!

Conde La amistad es *rara avis*, y si media dualidad pasional, pronto remonta su vuelo.

Criado Señor Conde, el doctor.

Conde Voy en seguida. Con su permiso, don Justo. (Vase puerta izquierda.)

ESCENA IV

DON JUSTO y luego JULIO

Justo Los afortunados, los que todo lo tienen sin esfuerzo alguno, por ley de herencia, llevados de sus inclinaciones y pasiones caminan sin darse cuenta al abismo de su perdición, pues con su reprobable conducta contribuyen a que sus esposas se entreguen en brazos del confesor, cuando no en los del notorio amante. Felizmente el señor Duque ha encontrado en su virtuosa señora una *angelical espacion pnes* con una abnegación sin límites y sin exhalar una queja ni hacer la más mínima reconvención, le cuida, y vela constantemente sin rendirse al cansancio. Es una verdadera mártir y seguramente Dios se lo premiará.

Julio (Entrando por la puerta del foro.) Celebro, don Justo, encontrarle solo.

Justo Los dos hemos coincidido en el mismo deseo.

Julio ¿Te ha dicho algo mi tío, el Conde, acerca de lo que me propongo?

Justo Me ha indicado lo bastante para poder formar juicio.

Julio Mi tío ha tomado a risa mi determinación, sin tener en cuenta lo serio y grave del asunto que la motiva.

Justo El señor Conde, llevado de su carácter jovial y expansivo, habrá querido quitar importancia a lo por usted propuesto, calmando así su excitación.

Julio ¿Luego tú comprendes que como buen hijo me cumple volver por el honor de mi padre, vindicando las ofensas morales y materiales que se nos han inferido?

Justo Nada he dicho que pueda inducirle a tan gratuita suposición: lejos de eso, opino que sería descabellado cuanto intentase en tal sentido.

Julio (Con extrañeza.) ¿Tú también?...

Justo Si mis años y el acendrado cariño que le

profeso, por haberle visto nacer, siguiendo paso a paso todas las vicisitudes de su vida con la solicitud de un servidor leal, son títulos que pueda invocar para que me atienda, le ruego aparte de su mente semejante idea, ocultándola a todo el mundo, que eso exigen de consuno su amor filial y los blasones que ostenta.

Julio (Emocionado.) Tus palabras encierran un misterio que no acierto a descifrar; pero sigo creyendo que no es censurable provocar un lance de honor cuando de vengar a un padre se trata.

Justo El tiempo le dará la clave de este enigma; su pretensión es nobilísima y le enaltece hasta el punto que le suplico me permita darle un abrazo, sellando a la vez mi admiración con un beso en esa frente que encierra tan caballerosos pensamientos. (Emocionado.)

Julio (Llorando se arroja en sus brazos.) Tus frases me consuelan y tus consejos prometo solemnemente tenerlos muy en cuenta.

Justo (Después de una ligera pausa se separa de él, enjugándose las lágrimas.) ¡Lances de honor! De deshonor y vergüenza en estos tiempos para los pueblos que, teniéndose por cultos, los toleran; comedias ridículas cuando no una villanía, pues lejos de saldar el agravio lo acrecientan. Pudieron tener su razón de ser en pasadas épocas; pero hoy, en que imperan los Tribunales y el juicio sereno de los hombres de conciencia recta, esos desafíos son un anacronismo intolerable.

Criado Don Justo, la señora Baronesa que desea ver al señor Duque.

Julio (Conmovido y limpiándose las lágrimas) Estaba ofuscado. (Retirándose por la puerta izquierda.)

Justo (Dirigiéndose al Criado.) Que pase.

ESCENA V

DON JUSTO, BARONESA, SEÑORA VIUDA y luego la DUQUESA y CONDE

Bar. ¿La señora Duquesa?... (Entrando por la puerta del foro con una señora.)

Justo En este momento no puede recibir a uste-

des, pues está visitando al señor Duque el Doctor; pero si algo desean pueden aguardar un momento: tomen asiento.

Bar. (Sentándose e igualmente la señora que la acompaña.) Nos han dicho que está ya fuera de todo peligro el señor Duque y veníamos...

Duq.ª (Entrando puerta izquierda seguida del Conde y dirigiéndose a la Baronesa.) Tanto tiempo sin tener el gusto de verlas. (Saluda a ambas señoras, a las que hace sentar de nuevo, haciéndolo ella a su lado y conversando por lo bajo con ambas.)

Justo (Que se ha levantado al aparecer la señora Duquesa.) Señoras, con su permiso me retiro. (Saludándolas con una cortesía.) A sus pies.

Duq.ª Usted lo tiene, don Justo.

Justo (Retirándose por la puerta del foro.) A sus órdenes.

Conde (Saludando a la Baronesa y señora.) Dichosos los ojos que ven a las postulantas más ingeniosas y acreditadas de las comparsas clericales. (Se sienta.)

Bar. Siempre de tan buen humor, Conde; no pasan días por usted.

Conde Los que se van deslizando por fuerza, sin darme cuenta, son los años, y apenándome por dentro los minutos al ver lo lentamente que van recobrando la vista los miopes.

Duq.ª ¿A qué debemos tan grata visita? (Dirigiéndose a la Baronesa.)

Bar. Al deseo de felicitarla por la mejoría del Duque y a la vez a pedirles...

Conde Me parece que llegan ustedes en mala ocasión: he oído a mi sobrino que como las intenciones son generalmente más nobles, levantadas y justas que las acciones, y estas últimas han dejado tanto que desear por parte de ustedes, no estaba dispuesto a continuar siendo tan exclusivista en sus dádivas, máxime cuando a su juicio, recobrado felizmente por completo, existen muchos desgraciados y asociaciones laicas tan merecedoras o más de su auxilio y protección.

Bar. No acierto a comprender lo que quiere usted decir, Conde.

Duq.ª En efecto, nos ha contrariado bastante que al hacerse pública la grave dolencia que afligía a mi esposo, ninguna de las entidades ni personalidades a quienes ha venido prestan-

do con mano pródiga su cooperación a los fines político religiosos que persiguen, hayan acudido presurosos a interesarse por el delicado estado de su salud.

Bar. Nos enteramos tarde.

Viuda Sí, muy tarde.

Conde Es extraño, pues la casi totalidad de los periódicos dieron cuenta del lance y sus consecuencias.

Bar. Como nosotras no leemos más que los Boletines religiosos y a lo sumo la buena prensa, y ésta no se ocupa de nefandos duelos...

Duq.ª Pero seguramente en las Congregaciones católicas que ustedes frecuenten y de que mi marido formaba parte, se conocería y hablaría de acontecimiento tan notorio como desgraciado.

Bar. Es posible, mas la iglesia tiene anatematizados los desafíos, y además se consideraba al señor Duque en gravísimo estado...

Conde Vamos, por lo visto se dijeron: «El muerto al hoyo y el vivo al bollo.»

Duq.ª Motivo más justificado para mostrar su gratitud y honda pena ante la posible pérdida de uno de sus más entusiastas y decididos favorecedores.

Bar. Quizás tengan ustedes razón, pero ¡a qué ocultarlo!, el medio ambiente le era contrario, por la causa que había producido tan fatal desenlace.

Duq.ª ¿Y entienden ustedes así las obras de misericordia?

Viuda La disciplina obliga...

Conde Pues pueden ustedes darle definitivamente por cadáver, e irse con sus músicas celestiales a otra parte.

Bar. (Levantándose y a la vez la señora.) Deploramos el estado de ánimo en que encontramos a ustedes, y sobre todo el lenguaje impío del señor Conde, mas confiamos en que la Virgen Santísima le tocará en su corazón predisponiéndole al arrepentimiento. No por esto, señora Duquesa, dejaremos de seguir dedicándoles nuestras oraciones. (Se despide.)

Duq.ª (Acompañándolas hasta la puerta del foro.) Agradezco sus buenos propósitos.

Conde (Después de salir las señoras y desde la puerta.) Lo que más se ofrece es lo que menos cuesta,

aun en el hipotético caso de que se cumpla el ofrecimiento. Adiós, Baronesa, hasta que se efectúe el milagro de mi arrepentimiento. (Volviendo al proscenio seguido de la Duquesa.) ¡Ja, ja, ja!

ESCENA VI

DUQUESA y CONDE; al final el CRIADO

Duq.ª Algo durillo has estado con la Baronesa y su amiga.

Conde No tanto como merecen, sobre todo después de sus manifestaciones.

Duq.ª En efecto, en esta ocasión se ha pasado de lista y queriendo cubrir su falta de obligada atención, lo que ha hecho es agravarla. (Se sienta.)

Conde (Sentándose a su lado.) Desengáñate, querida sobrina, estas señoras que se meten a mojigatas y a otros oficios por no tener mejores ocupaciones que escoger, son de oro: cuando sueltan la sin hueso dejan al prójimo, no sólo al desnudo, sino sin epidermis.

Duq.ª Parece mentira que lo más sagrado se tome como objeto de especulación y grajería, cuando no de medio para poder llegar a conseguir algo más reprobable. Por fin Ricardo ha caído en la cuenta de que no era más que un explotado para servir intereses de gentes soberbias y ambiciosas.

Conde «Nunca es tarde cuando la dicha es buena», y su inesperada desgracia le ha hecho poder aquilatar el peso y la forma de lo que él estimaba brillantes de inapreciable valor. Un desengaño a tiempo es en muchas ocasiones, como ahora, el resurgimiento de la razón ofuscada a la realidad.

Duq.ª En mi humilde opinión, se puede ser eminentemente cristiana cumpliendo estrictamente las sublimes y divinas doctrinas del mártir del Gólgota y los sabios preceptos del Evangelio, sin descender a convertirse en ciego instrumento de los que encubren su fariseísmo con el manto de la hipocresía.

Conde El sectarismo político en los hombres y la ignorancia, sentimentalismo y flaqueza en

las mujeres, es la piedra fundamental en que se asienta el poder, ya vacilante, de esos mercaderes de templos.

Criado Un joven, que dice llamarse don Toribio Nimiedades, desea ver al señor Duque.

Duq.ª (Levantándose y dirigiéndose al Conde.) ¿Quién es ese sujeto?

Conde (Levantándose.) Lo ignoro.

Duq.ª Pues en ese caso, recibe tú la visita. Hasta luego. (Se retira puerta izquierda.)

Conde (Al Criado.) Que pase.

ESCENA VII

CONDE y TORIBIO

Tor. (Con voz atiplada y modales femeninos.) Beso a usted los pies, digo la mano. (Haciendo una reverencia.) ¿Tengo el honor de hablar al señor Duque?

Conde No, señor, soy su tío, el Conde de la Llaneza, a quien nada tiene que besar; pero tome asiento y usted dirá, si en ello no tiene inconveniente, lo que desea, pues para el caso es lo mismo.

Tor. Supongo que el padre Bergol les habrá hablado a ustedes de mí: soy Toribio.

Conde Me suena mucho ese nombre, se ha hecho popular: mas no sé si ese buen padre le ha mentado a usted alguna vez.

Tor. ¡Ja, ja, ja! Sin duda alguna lo habrá usted oído en calles y plazuelas, cuando los chicos, por la mercancía pregonada, dieron en decir: «Toribio, saca la lengua.»

Conde En efecto, ahora recuerdo.

Tor. Yo soy el discípulo predilecto del padre Bergol. Mientras estuve en el colegio fué mi catedrático de Metafísica, y ahora viene casi todos los días a casa a enseñarme el Derecho Romano.

Conde Vaya... vaya; ¿conque tanto se interesa por usted?

Tor. Como que dice que en cuanto me imponga bien podré hacer la carrera con ópimos frutos. Me quiere mucho, mucho, todo lo que le diga es poco. Me ha ofrecido esposa con

buena dote: pues, francamente, si bien el dote lo encuentro apetecible, las mujeres no me hacen chic, y luego, como cuento tan solo veinte primaveras...

Conde Ya veo que es usted un primavera. ¿Y qué se le ofrece al buen padre?

Tor. Ha sabido mi querido preceptor que el señor Duque sería definitivamente hoy dado de alta, y deseaba personalmente venir a felicitarle, pero como padece una peritonitis aguda, me ha encargado viniera en su nombre a cumplimentar a su excelencia.

Conde Muchas gracias por la atención, ¿mas cómo se ha enterado de su alta definitiva cuando fué anunciada ayer por el Doctor?

Tor. (Sonriéndose.) Cuando los padres tienen interés por una familia, no les falta medios para saber al minuto cuanto les ocurre.

Conde Ya... por lo visto tienen su policía secreta.

Tor. Llevados del mejor deseo...

Conde Alguna muchacha; las mujeres son siempre materia dispuesta para la murmuración y la chismografía.

Tor. (Riéndose.) ¡Ja, ja, ja! En esta ocasión se ha equivocado usted, pues aun cuando pudo haberse enterado por la señorita Laura, de la cual es confesor, lo supo por un varón.

Conde ¡Oh, preciosa revelación, conque Laura es su penitenta! Ahora me explico cómo a virtud del catequismo que ejercen sobre damas linajudas y damas *demimonden* famosas, se permiten jugar con ellas a conveniencia, cual si fueran piezas de ajedrez, en el gran tablero de la política mundial. En cuanto al varón, lo supongo exento de varonía.

Tor. Es usted muy ocurrente. Conque diré al padre Bergol que en efecto, el Duque se encuentra ya por completo restablecido. Mucho se alegrará y vendrá pronto a verle, pues si no lo hizo durante el curso de su enfermedad es porque cuando, enterado de la desgracia, se apresuró a venir para prestarle en su caso los auxilios espirituales, por la gravedad en que le dijeron se encontraba, supo con extrañeza que se le había adelantado el cura de la parroquia, y desistió, mortificado.

Conde (Levantándose.) Pues bien, diga usted a ese

mortificado padre que no se moleste en volver por aquí, y que siga dándole a usted lecciones con tanto aprovechamiento.

Tor. (Levantándose enojado y despidiéndose.) Se lo diré, vaya si se lo diré; usted lo pase bien, beso a usted... (Retirándose por la puerta del foro.)

Conde No tiene usted que besarme nada. Hasta más ver.

ESCENA VIII

CONDE solo

(Dirigiéndose al proscenio.) ¡Qué escándalo! ¡Qué mengua! Así va nuestra infeliz patria perdiendo los caracteres y energías que en otros tiempos produjeron epopeyas grandiosas que fueron la admiración del mundo, logrando con su esfuerzo soberano que el sol no se pusiera en sus dominios. (Pausa.) Hoy, ¡qué desdicha!, nuestra vigorosa raza degenerándose con estos tipos afeminados, sin otro ideal que el grosero positivismo. Esto es lo que debían estudiar atentamente los directores de la política para llevar la instrucción pública por otros derroteros. Mucho confío en que la prensa periódica, porta estandarte de la civilización y el progreso, iluminando la inteligencia de la pública opinión logre estirpar de raíz los vergonzosos prejuicios de todo género que lamentamos.

ESCENA IX

CONDE, DUQUE y DOCTOR que entran en escena por la puerta izquierda

Duque (Dirigiéndose al Doctor.) ¿Conque ya el pájaro puede salir de la jaula y remontar su vuelo?

Doctor Desde luego, la herida está ya perfectamente cicatrizada y su estado de salud es inmejorable.

Conde ¿Pero supongo que no se te volverá a ocurrir aproximarte a las aves de mal agüero?

Duque ¡Vade retro! Con ser tan satisfactorio mi estado físico, como el Doctor pregona y yo afirmo, todavía me encuentro si cabe más restablecido de las dolencias psíquicas que me tenían encadenado a prejuicios fanáticos, políticos y nobiliarios.

Doctor El yo tangible, y el intangible; la materia y el espíritu viven en tan íntimo consorcio que se dan perfecta cuenta de sus mutuas crisis y las causas que las han producido.

Duque Metafórico estáis, Doctor; pero es indudable que nada despierta más la inteligencia y pone en mayor actividad la reflexión, que las desgracias. En los tres meses próximamente que he estado en el lecho, sufriendo ataques de fiebres tan altas que consumían mi cuerpo y a veces me llevaban al delirio, se ha operado en mí una reacción completa en el orden de las ideas. El pasado iba apareciendo ante mi vista con la precisión de una cinta cinematográfica en la que hubieran quedado grabadas mis acciones más reprobables; en mis oídos repercutían fielmente, como tomadas en un gramófono, mis frases censurables; en mi memoria surgían evocados por el recuerdo, los actos conmigo realizados por cuantos abusaron de mi buena fe y sinceros ideales. No debe sorprender por tanto las nuevas teorías que de hoy en adelante habré de sustentar.

Conde Tu metamórfosis nos es grata en extremo, aun cuando nos sean altamente sensibles las causas que la han motivado.

Doctor (Levantándose y mirando el reloj.) Las once, cerca de una hora pasada en su compañía; pero el deber profesional es un acicate que no nos permite disfrutar estas gratas expansiones mucho tiempo; conque hasta mañana que vendré a saber cómo le ha probado el paseo al aire libre. (Vase puerta del foro.)

Duque (Acompañándole hasta la puerta.) Adiós, Doctor, hasta mañana.

Conde Le deseo con todos sus enfermos el mismo acierto en el yo tangible, sin olvidarse del yo intangible.

Duque (Volviéndose al Conde.) ¡Ja, ja, ja!... ¡Qué ocurrencias tienes.

ESCENA X

CONDE, DUQUE y MIGUEL con uniforme de Orden público y CRIADO

Criado Señor Duque, Miguel desea ver a vuecencia si es posible.

Duque Que pase; hoy recibo a todo el que pretenda verme, y con más motivo a ese buen muchacho.

(Se retira el Criado puerta del foro.)

Conde Bien ganado tiene tu afecto.

Mig. (Haciendo desde la puerta del foro una ligera inclinación de cabeza.) A las órdenes de vuecencia y del señor Conde.

Duque Pasa. ¿Qué te ocurre?

Mig. Todos los días he venido a saber por el estado de salud de vuecencia y deseaba tener el gusto de verle.

Duque Ya sé, ya sé que has sido de los pocos que me han evidenciado su cariño.

Conde Los humildes y modestos siempre proceden con gran corrección, no por fórmulas sociales más o menos acomodaticias, sino por sentidos impulsos del alma.

Mig. He cumplido con un deber de consideración y reconocimiento. Además su desgracia me afligió mucho, produciéndome a la vez indignación; si me hubieran dejado no gallearía hoy el que le hirió tan cruelmente.

Duque (Emocionado.) Me han dado cuenta de tu propósito, que estimo en lo que se merece; pero hicieron bien en disuadirte, pues llevado de un impulso generoso hubieras comprometido tu presente y porvenir y mi buen concepto, sin tener en cuenta que la maledicencia siempre busca resquicios para lastimar las más sólidas y honorables reputaciones.

Conde Hay que comprimirse, joven; las corazonadas campesinas no tienen adaptación en las grandes urbes.

Mig. Comprendo que aquí estas cosas se tratan de otra manera; pero se me subió la sangre a la cabeza y si no me arrestan no respondo de mí.

Duque Gracias, Miguel, gracias; venga esa mano, (Le da la mano que estrecha emocionado Miguel.) y ten en cuenta que no olvido que eres de un país en donde la rudeza de carácter va en íntimo consorcio con la más acrisolada lealtad.

Mig. (Saca el pañuelo y se enjuga las lágrimas, con voz trémula.) Dispénseme, señor Duque, no lo puedo evitar.

Conde No te apenes por tu aflicción, eso demuestra tener un corazón sano y esforzado.

Duque (Conmovido.) Dejémonos de ocuparnos de cosas tristes ya pasadas. ¿Cómo te va en tu destino?

Mig. Muy bien: he adelantado una barbaridad. Estoy de escribiente en la Inspección del distrito y recibo a diario lecciones de gramática, matemáticas y francés. Mis jefes y maestros no me dejan pasar ninguna palabrota ni falta de ortografía, sin correctivo, y están muy contentos conmigo por mis adelantos; me quieren como si fueran mis maños.

Conde Haces bien en aplicarte. La holgazanería es la sentina donde se incuban todos los gérmenes delictivos.

Duque Me placen tus progresos, pues así harás carrera, aun cuando no llegues a Ministro.

Mig. Ya me ha dicho el señor Inspector, que si sigo como hasta aquí, pronto pedirá mi ascenso a Guardia de primera clase.

Duque En manera alguna.

Mig. (Mostrando extrañeza.) Si vuecencia no quiere que ascienda, por eso no hay nada perdido.

Duque Mañana presentas la renuncia de tu empleo y te despides de tus jefes.

Conde (Con asombro.) ¿Qué te propones?

Mig. Cumpliré fielmente lo que me ordena, señor Duque.

Duque Desde pasado mañana serás el auxiliar de mi apoderado, pues don Justo necesita ya por sus años, gente joven, obediente y útil a su lado.

Mig. (Emocionado.) Señor Duque, ¿cómo podré corresponder?...

Duque Procediendo como hasta aquí.

Conde Muy bien, merecida y justa recompensa.

Mig. ¿Me ordenan algo los señores?

Duque No; puedes retirarte.

Mig. (Retirándose emocionado puerta del foro.) Que Dios y la Virgencita del Pilar les pague todo el bien que me hacen. (Vase.)

Duque (Emocionado.) Adiós, hombre.

Conde Este es el fiel representante del verdadero pueblo honrado, trabajador y agradecido. (Dirigiéndose al Duque.) Mientras los de abajo tratan de instruirse y moralizarse, las clases conservadoras, en gran parte cegadas por la vanidad, el orgullo y la soberbia, muéstranse apáticas e indiferentes a la solución de los problemas sociales más vitandos; y hasta permítense dedicarse en cuerpo y alma a satisfacer las más livianas pasiones, sin hacerse cargo de que el viento huracanado de las más apremiantes necesidades económicas, agitando el turbulento mar de las masas, levanta olas encrespadas que, cual poderoso arriete y con estridentes sonidos de trompetas de Jericó, llegan hasta los muros de sus alcázares amenazando su destrucción.

Duque De seguir así qué despertar tan trágico nos espera.

ESCENA XI

DUQUE, CONDE y después DON JUSTO

Conde Puesto que ha llegado el momento de abandonar tu hasta ahora forzada clausura, dime dónde quieres que vayamos esta tarde, si al Pardo o a la Moncloa.

Duque Me parece que salgo de un mundo de tinieblas y penas para solazarme en esta brillante luz del astro del día y en las más íntimas satisfacciones producidas por vuestro inmenso cariño; por lo tanto, iremos donde el horizonte sea más dilatado, a fin de que el esparcimiento del alma no tenga límite.

Justo (Entrando puerta del foro con una carta y un paquete en la mano.) Señor Duque, la pobre viuda a quien ampara y protege el señor Conde, que ha venido diariamente a preguntar por el estado de su salud, ha dejado esta carta y paquete para que se la entregue. (Se los da.)

Duque (Cogiéndolo y colocándolo sobre el velador.) ¡Qué

ciego he estado cuando más creía ver! Hoy sólo cuento con un ojo y veo con claridad meridiana cuanto me interesa.

Conde Todos los sentidos se compenetran y auxilian de una manera asombrosa; la perturbación o pérdida de uno de ellos la suplen los demás en lo materialmente posible; pero sin el juicio, sufriríamos a su influjo lamentables equivocaciones; y ese es el que ha llegado en ti a su plenitud.

Justo La verdad es que esa buena mujer ha demostrado un interés por el señor, que ha logrado conquistar todas nuestras simpatías.

ESCENA XII

DICHOS y DUQUESA entrando puerta izquierda

Duq.ª ¿Conque están ustedes aquí en animada conversación cuando les hacía en el despacho?

Conde Precisamente iba a ir en este momento por si estaba allí Julio.

Duque Acabo de dejarle escribiendo a un compañero suyo.

Conde Pues voy a verlo.

Justo Con permiso de los señores iré yo también a continuar mi tarea.

Duque Ya sabes que estás en tu casa y puedes hacer lo que gustes.

Justo (Siguiendo al Conde, se retira haciendo una cortesía.) Gracias.

ESCENA XIII

DUQUE y DUQUESA

Duq.ª ¿Cómo te encuentras, Ricardo? ¿Quieres tomar alguna cosa?

Duque (La coge una mano y echándole el otro brazo al cuello la lleva suavemente al sofá, donde se sientan.) Me hallo rejuvenecido, paréceme que fué ayer cuando nos unimos en matrimonio y que estoy en pleno goce de la luna de miel. Tus amorosos cuidados sin darte punto de reposo ni descanso, con una dulzura sin límites, me han hecho descubrir en ti afectos acendrados de que nunca me hubiera percatado.

Duq.ª Lo que te ha sucedido es desgraciadamente regla general; preocupados con vuestros asuntos, atentos al mundanal ruido y a los prejuicios sociales, no véis en vuestra compañera sino una servidora más íntima y de mayor confianza, con la que os consideráis excusados de estudiarla ni aprenderla, para apreciarla en su verdadero valor; sólo cuando surgen apurados trances es cuando os sorprendéis al percibiros de que teniendo el bienestar tan cerca buscáis anhelantes, en lo desconocido, una felicidad que os resulta cara y ficticia. (Abrazándole con cariñosa solicitud.) Pero a qué preocuparnos del pasado, pensemos solamente en nuestra dicha presente.

Duque Eres mi ángel de consolación; ¿mas qué cariño puedo inspirarte con mi proceder seguido y mi rostro horriblemente desfigurado?

Duq.ª Ni andamos ni miramos hacia atrás, sino incidentalmente; ¿por qué, pues, volver la vista al ayer?... La belleza del rostro es pasajera y deleznable, la hermosura del alma es permanente; fijarse en lo accesorio prescindiendo de lo esencial, sería una falta imperdonable que llevaría aparejado el castigo.

Duque (Besándola la frente.) Jamás podré olvidar lo mucho que te debo.

Duq.ª (Sonriéndose.) El que debe paga, y ya que no por mí, por nuestros adorados hijos, que son sangre de nuestra sangre y compendio de nuestras esperanzas, te pido tan solo una cosa.

Duque Estoy pendiente de tus labios.

Duq.ª Que al recobrar hoy por completo el albedrío, no olvides tus promesas ni a los seres que han compartido tus dolores.

Duque Muy pronto te convencerás de mi absoluta transformación.

ESCENA XIV

DICHOS, JULIO y ROSA

Julio (Entrando puerta izquierda seguido de su hermana Rosa.) ¡Qué amartelados estais! (Se pone a hablar con la Duquesa.)

Rosa Así quiero veros siempre.

Duque Vuestros plausibles deseos serán satisfechos. (Levantándose.)

Rosa (Acercándose al velador y viendo la carta.) ¿Qué carta es esta que habeis dejado aquí sin abrir?

Duque (Levantándose, cogiéndola y dirigiéndose a la Duquesa.) ¿A que no sabes de quién es?

Duq.ª Ni siquiera lo presumo.

Duque De María, de la protegida de nuestro tío el Conde, de quien tantos y tan cumplidos elogios nos tiene hechos; por cierto que es preciso cese el equívoco que viene sosteniendo, haciéndola creer que soy su protector y él tan solo el cumplidor de mis disposiciones.

Duq.ª Desde luego; mas veamos qué te dice.

Duque (Abriendo la carta y leyendo.) «Señor: A la par que mis plegarias al Altísimo pidiéndole para el que fué mi providencia la vida que dió a mis hijos, he confeccionado en las horas restadas a mi labor diaria, al fin de atender al sustento, le adjunto relojera que me atrevo a rogarle acepte. No se fije, señor Duque, en la insignificancia material del obsequio, sino lo que entraña, pues en él van mi fe recobrada, latidos de mi corazón y lágrimas del más profundo reconocimiento. Que la Virgen Santísima colme al señor Duque, virtuosa esposa y amantísimos hijos de dichas sin cuento, para bien de los desgraciados y gloria del Dios clemente. Besa sus manos, Maria.»

Duq.ª (Conmovida.) ¡Pobre mujer! ¡Qué buena es! Nuestro tío, llevado del deseo de enaltecernos, y a la vez, como él dice, de poder proceder con más libertad sin lastimar el amor propio de la favorecida, ha hecho recaer sobre ti sus loables acciones, y como esto no es justo, desde hoy corre a nuestro cargo el velar y socorrer a esa familia, haciéndola saber la verdad.

Rosa Mamá, yo me encargo de vestir a la niña que tiene en su compañía. ¿No te parece bien?

Duq.ª Perfectamente.

Julio Y yo de comprar libros instructivos, a la par que amenos, para los tres hijos que tiene asilados.

Duque (Riéndose.) ¡Ja, ja! No es mucho que digamos lo que os proponeis; pero como vuestra madre y yo hemos de suplir lo restante, queda aceptado vuestro voluntario compromiso.

Rosa Ten presente, papá, que es ya crecido el número de familias desvalidas que nos proponemos socorrer directamente.

Duq.ª Para apreciar y saborear las buenas obras no hay como conocer de cerca las lacerías y penurias porque pasan los infelices, cuando podemos tener la inefable satisfacción de remediarlas.

Julio Al qne de los tres niños resulte más aplicado, le costearé la carrera que quiera seguir.

Duque Venid a mis brazos. (Les abraza y besa en la frente) Eso es ponerse en razón. Así se consolidan los vínculos inquebrantables de la fraternidad cristiana. Julio, dí a nuestro tío el Conde y a don Justo que vengan.

Julio Corriendo. (Sale puerta izquierda.)

Duq.ª ¿Tienes algo de interés que decirles?

Rosa Quizás sobre lo que hemos convenido.

Duque De tanto interés, que seguramente habrá de sorprenderos.

ESCENA ULTIMA

DICHOS, CONDE, DON JUSTO y JULIO

Conde ¿Qué se te ofrece? (Dirigiéndose al Duque.)

Justo Espero sus órdenes.

Duque Pues sentaros todos y escuchadme atentos, que el asunto de que voy a tratar es, sobre todo en lo que a mí concierne, trascendental en extremo. (Se sientan en el sofá el Duque, teniendo a la derecha a su esposa, su hijo Julio y don Justo, y a la izquierda a su hija Rosa, y al lado de esta el Conde, formando todos un semicírculo.)

Duq.ª Oigamos tu sensacional secreto.

Conde Nos tienes alarmados con tus enigmáticas palabras.

Duque Conocéis el cambio que fisonómica y moralmente se ha operado en mí y seguramente no os habrá de sorprender de manera inusitada lo que me propongo, y menos después de exponer las razones muy meditadas que

a ello me impulsan. Desde hoy dejo de ser el Duque de las Alburas, para quedar reducido, o engrandecido, a mi exclusiva personalidad, a Ricardo de los Vélez. (Sensación general.)

Conde Nos dejas atónitos, y por mi parte declaro que no te entiendo.

Duq.ª Ni nosotros tampoco.

Duque Lo comprendo y me explicaré. A mi juicio se heredan los pergaminos, pero las grandezas tan solo deben tenerlas los que saben conquistarlas o merecerlas; son, por tanto, los titulos nobiliarios motes gloriosos, que obligan a los que los ostentan a justificar su preclaro origen, y cuando no correspondemos a este ineludible deber, los convertimos en alias, que por su alto significado acrecientan la mofa y el escarnio.

Justo Cierto.

Conde ¿Pero dónde vas a parar con esas sublimes teorías? Tú, tan apegado a la tradición, al lustre de la raza y a la exhibición de los blasones.

Duque Dicen que es de sabios el cambiar de parerecer, y aun cuando yo no lo sea, la experiencia, madre de la ciencia, me ha dado severas lecciones para ser aprovechadas, y como estoy plenamente convencido de mis pasados yerros que han dejado huellas indelebles en mi semblante, acusación perenne de mis incorrectos procederes, me doy de baja en la nobleza. Mas como en virtud de lo estatuído los títulos nobiliarios se suceden a las generaciones sucesivas, aunque en mi opinión debieron ser exclusivo patrimonio de por vida de los que merecieron obtenerlos, cumplo el inexcusable deber de transferirlos a mis hijos, proponiéndome en lo sucesivo que, Ricardo, a secas, logre el aprecio y consideración de las gentes.

Conde En efecto, es muy frecuente en las que injustificadamente heredamos, a la par de la hacienda, los blasones; en vez de sostener su brillo, mancillarlos; por eso para mí la única y verdadera aristocracia la constituyen los enaltecidos por sus virtudes, talentos o heroísmo.

Duque Esta resolución mía envuelve un sacrificio

para mi mujer, que no sé si aceptará resignada.

Dud.ª (Echándole los brazos al cuello y llorosa.) ¿Quieres no mortificarme, Ricardo? El título para mí más preciado es el de mujer tuya y madre de tus hijos; lo que dispongas no habremos de ponerlo ni siquiera en tela de juicio.

(Julio y Rosa se enjugan las lágrimas.)

Duque Con vosotros me siento fuerte y animoso para resistir las más acerbas críticas. Me declaro, por tanto, libre, feliz e independiente. Desde hoy nada de sectarismo, ni de insanas y denigrantes aventuras: procederé en todo conforme a vuestras nobles y desinteresadas inspiraciones y dictados de mi saneada conciencia, sin estar sujeto a los moldes estrechos y ridículos de la mundial vanidad, soberbia y fariseísmo. Aunque me anatematicen.

Conde (Dándole un abrazo.) Venga un abrazo; te has redimido. (Separándose.) Por lo demás no te preocupes del graznido de los pavos reales y cuervos, pues cual las blasfemias de los borrachos y las maldiciones de los gitanos, son solo rruidos más o menos estridentes que se pierden en el espacio.

Duque (Se levanta, haciéndolo a la vez todos. Echa un brazo sobre el cuello de su mujer y otro sobre el de su hija, haciendo lo mismo la Duquesa con su esposo e hijo.) Hay que romper con la tradición; desde este momento mi *Sacta Santorum* será mi hogar, dando a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

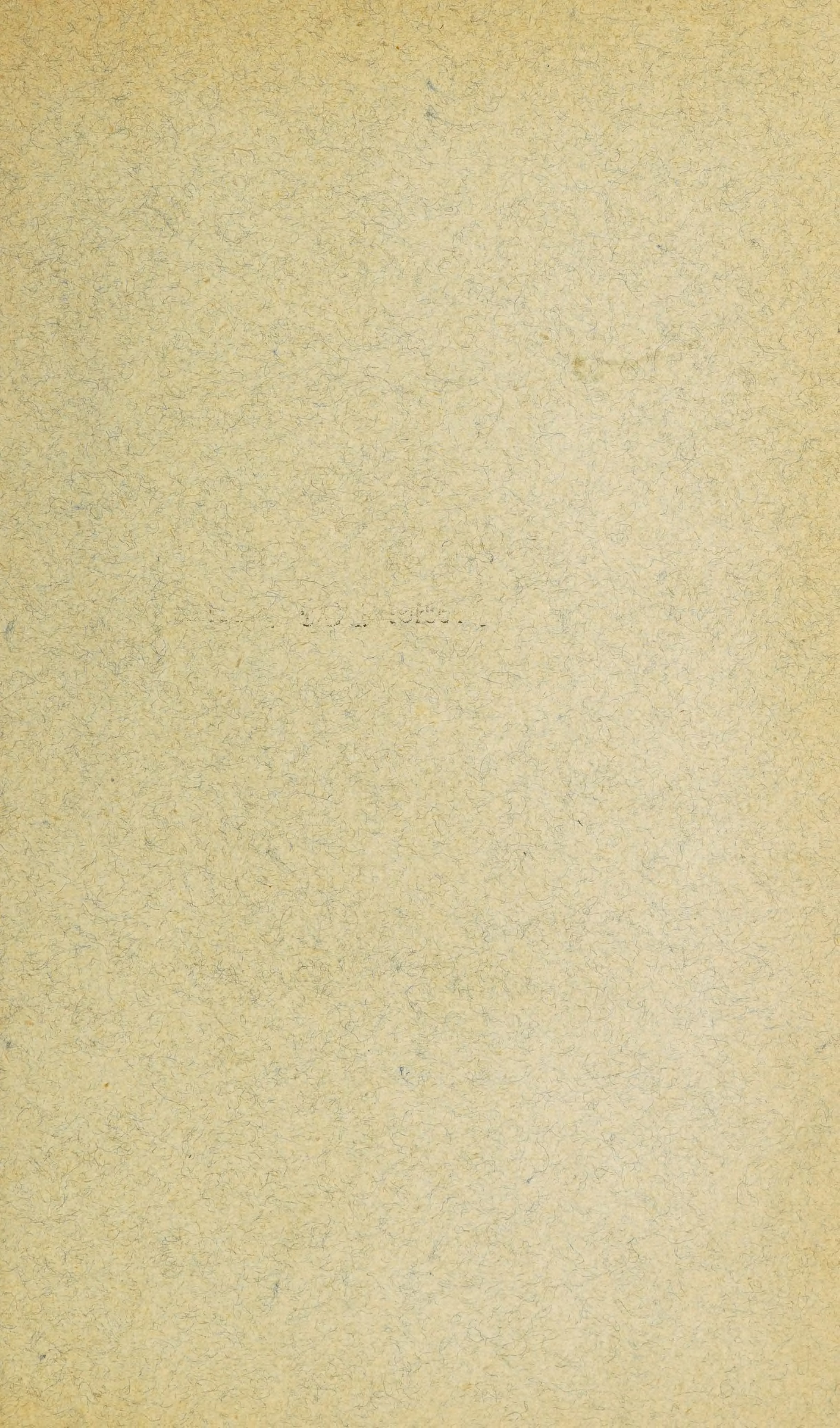
Conde (Llevando a don Justo al proscenio, un tanto apartado de la familia.) Felicitémonos. (Señalando el grupo.) ¡Del mal el bien! (Se abrazan. Telón rápido.)

FIN DE LA COMEDIA

Obras dramáticas, originales y en prosa, publicadas hasta el presente por su autor, D. César Ordás-Avecilla de Urrengoechea.

Del mal, el bien.—Comedia en tres actos...... 2 pts.
La envidia.—Drama en tres actos............ 2 íd.
La justicia del pueblo.—Idem en cuatro actos.. 2 íd.
El cumplimiento del deber o la Cruz Roja.—Diálogo dramático........................ 1 íd.
Amor de novela.—Comedia cómica en un acto. 1 íd.
Las damas de la Cruz Roja Española.—Monólogo................................ 1 íd.
Ya tengo mi hombre.—Monólogo............. 1 íd.
Las cándidas.—Monólogo.................... 1 íd.
Dios sobre todo.—Monólogo.................. 1 íd.

De venta: librería de Autores Españoles, Prado, 24. —Madrid.



Precio: DOS pesetas